9244

LEÓNIDAS ANDREIEV

EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS

DRAMA
EN CUATRO ACTOS

VERSIÓN ESPAÑOLA D
V. DE PEDRO
Y R. CANSINOS
=ASSENS

LA FARSA

50 CTS.

CONSUELO

LEONIDAS ANDREIEV

EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS

DRAMA EN CUATRO ACTOS

VERSION CASTELLANA DE

VALENTIN DE PEDRO Y
RAFAEL CANSINOS-ASSENS

Estrenado en el Teatro Alkázar, de Madrid, en la versión francesa, por la Compañía Pitoeff; y en esta versión española, por la Compañía de Salvador Soler-Mary, en el Teatro de la Libertad, de Valencia, el 26 de Noviembre de 1929

DIBUJOS DE
ALONSO

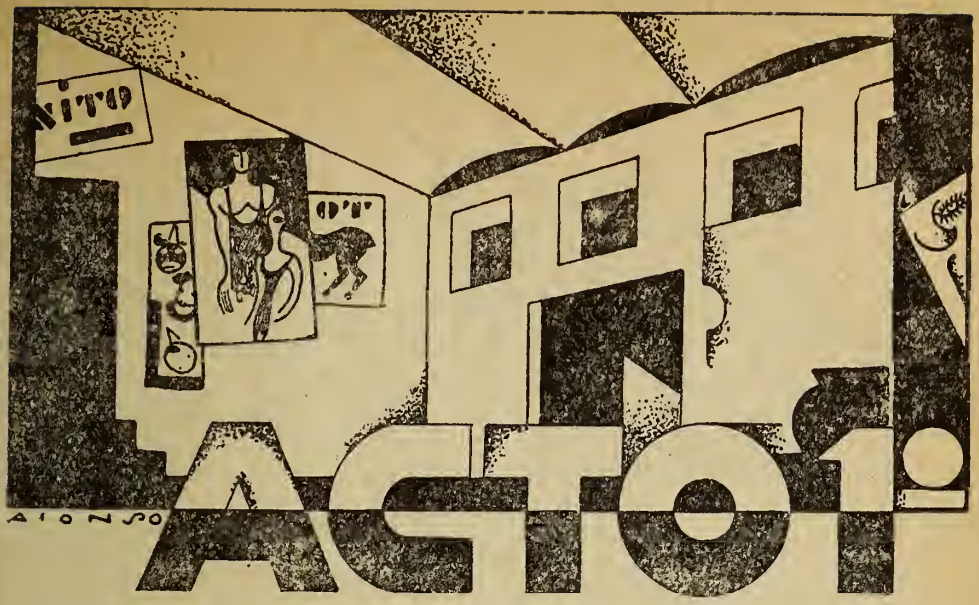
LA FARSA

AÑO VI || 10 DE SEPTIEMBRE DE 1932 || NÚM. 261
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
ESE, *clown*. (*"El que recibe las bofetadas"*).	Salvador Soler-Mary.
CONSUELO, *écuyère*. (*La bailarina de tango a caballo*)	Carmen López Lagar.
EL CONDE MANCINI, *su padre*	Agustín Povedano.
BRIQUET, *director del Circo*	Juan M. Benítez.
SINIDA, *su mujer, domadora de leones*	Emma Picot.
ALFREDO BESANO, *jockey*	José Blanch.
UN SEÑOR	Gonzalo Cubas.
EL BARON REGNARD	Enrique Navas.
JACKSON, *clown*	Luis Ramírez.
TILLY. / POLLY. — *Clowns musicales*	Elena Cózar. / Pilar Tena.
ANGELICA. / TOMAS. — *Artistas del Circo*	María Victoria Ribera. / Manuel Chavarri.

Diversos artistas de ambos sexos y mozos del Circo. La acción se desarrolla en una población importante de Francia.



El escenario representa una espaciosa habitación de paredes blanqueadas no muy limpias. En el lateral izquierda se abre la única ventana que da al patio. La luz entra por ella; luz turbia, y escasa que no impide que hasta siendo de día claro esté siempre encendida la luz eléctrica. En la pared del foro una hilera de altos ventanucos de cristales empolvados; ventanucos que dan al interior del circo y se iluminan de noche, durante la representación, y que permanecen oscuros durante el día. En la misma pared, una gran puerta, herméticamente cerrada, y a la que se sube por dos escalones de piedra. En el lateral derecha, casi en el rincón, otra puerta, también grande, que conduce a las cuadras y al circo; en ella, durante el día, reina la oscuridad más absoluta y por la noche se ve una débil claridad. Esta cámara sirve para diversos usos; una mesita de escribir sirve de despacho del director del circo, papá Briquet. También está allí el guardarropa de algunos artistas y demás personal del circo durante los ensayos y la función. A dicha pieza llevan los objetos más diversos: sillas doradas y derrengadas, decoraciones para las pantomimas, atrezos para el circo, etc. Se ven por las paredes carteles, *reclames* de colorines llamativos. Al empezar el acto es por la mañana y están comenzando los ensayos en el circo y los preparativos para la función. Al levantarse el telón se oyen los chasquidos de una fusta en la pista y el grito incitante del jinete.

(*La escena está sola unos instantes, transcurridos los cuales llegan los dos clowns musicales TILLY y POLLY, que están ensayando una nueva marcha. Adelantan hasta la ventana tocando una melodía en sus pitos, que producen un sonido armonioso, pero que tiene algo de pueril y grotesco a la par, como la marcha que los clowns están estudiando. Visten unas chaquetillas, son de la misma estatura, llevan la cara afeitada y se asemejan mucho am-*

673129

bos. Tilly, el más joven, lleva corbata, y los dos, un pequeño cilindro sobre la nuca. Al llegar a la ventana, Tilly mira, curioso, hacia fuera, después se vuelven ambos y reanudan su marcha en la misma dirección que antes.)

POLLY.—(*Deteniéndose.*) Párate, hombre; otra vez has desafinado. Fíjate como lo hago yo. (*Empieza a tocar el pito para enseñar a Tilly, que le escucha con aire distraído, hurgándose las narices.*) ¡Así, mira!... ¿Te fijas? (*Vuelven ambos a ensayar la marcha; al llegar junto a la puerta se tropiezan con el director y con MANCINI, que le sigue mordiendo el puño dorado de su bastón. Mancini es delgado, alto; lleva un gabán raído, pero muestra gran empeño en parecer elegante. Juega con el bastón y se da mucha importancia; ríe con frecuencia y su rostro demacrado, de líneas muy acusadas, toma la expresión de un sátiro. PAPA BRIQUET es bajito, rechoncho, bonachón y de andares inseguros. Los dos clowns se apartan a un lado. El director mira a Polly con ojos interrogantes. Dejando de tocar.*) Estamos ensayando la marcha de las hormigas y la pantomima.

BRIQUET.—¡Ah! (*Se aleja. Los dos clowns reanudan su tocata. Pero Polly se detiene. Tilly lo imita.*)

POLLY.—¡Papá Briquet! Hoy Juan no trabaja bien.

BRIQUET.—¿Por qué?

POLLY.—Pues porque tiene mal la garganta; mírele a ver que tiene.

BRIQUET.—(*A Tilly.*) ¡Vamos a ver! ¡Abre la boca! Más... ¡Mucho más! (*Le mira la garganta.*) ¡Date unas pinceladitas de yodo en la garganta, muchacho!

POLLY.—No es nada, ¿verdad? Ya le dije yo que no era nada. (*Ambos echan a andar con su pasito menudo y saltarín. Briquet se sienta. Mancini adopta una "pose" apoyado en la pared y sonríe con ironía.*)

MANCINI.—¿De modo que tú curas a la gente así, por inspiración divina? ¡Andate con ojo, Briquet, que no eres médico!...

BRIQUET.—Me limito a darle un simple consejo. ¡Están siempre, todos, tan preocupados con su salud!

MANCINI.—Este se ha quemado la garganta con el ajenjo; se emborrachan todas las noches, y me choca mucho que tú te preocupes tan poco de la moralidad de tus artistas. (*Ríe.*)

BRIQUET.—No digas tonterías, Mancini.

MANCINI.—Conde Mancini, si no lo tomas a mal.

BRIQUET.—¡Pues no digas tonterías, conde Mancini! Te metes en todo y no dejas trabajar al personal. El día menos pensado concluirán por perder la paciencia y enredarse a palos contigo. Y yo no lo podré evitar.

MANCINI.—Yo no tengo nada que ver con ellos. Por mi nacimiento y por mi educación soy completamente distinto. Parece mentira que digas eso, papá Briquet..., cuando debía ser un honor para ti la familiaridad con que te trato.

BRIQUET.—¡Vamos, hombre, calla!

MANCINI.—Hablo en broma... Pero lo que sí te digo es que si alguno se atreviese a ponerme la mano encima..., entonces verías quién soy yo. (*Saca el estoque del bastón y lo mira muy satisfecho.*) Es una cosa muy práctica... Oye..., ayer, en el arrabal, te he descubierto una chica... (*Ríe*); es decir: puede que no resulte luego de tu gusto, porque sobre gustos no hay nada escrito, pero ello no obsta para que tengas que darme cien francos.

BRIQUET.—No esperes que te dé ni un céntimo.

MANCINI.—Bueno, pues entonces puedes despedirte de Consuelo; hoy mismo me la llevo de aquí.

BRIQUET.—Siempre andas diciendo lo mismo.

MANCINI.—Lo digo y lo haré... Tú me lo dirías a mí lo mismo si te encontrases como yo con el agua al cuello. ¿Es que no debo velar por el prestigio de mi nombre? Por mis desgracias ya me he visto obligado a hacer de mi hija, de la condesita Verónica, una amazona..., y total por un pedazo de pan... La condesa Verónica metida a amazona para no morirse de hambre, ¿comprendes?

BRIQUET.—Tu afición a las menores te sale muy cara, y el día menos pensado te vas a ver a la sombra.

MANCINI.—Pero, ¿es que no debo velar por el esplendor de mi casa? (*Ríe.*) Los Mancini son conocidos en toda Italia por su afición a las menores; a las menores solamente; ¿qué culpa tengo yo de que lo que mis antepasados encontraban de sobra por una miseria me cueste a mí un ojo de la cara? Tú eres un *parvenu;* no sabes ni remotamente lo que significa la tradición de una familia. Me he quitado en absoluto de la bebida y también del juego..., pero si encima renuncio a las menores, ¿me quieres decir qué va a quedar en mí del conde Mancini?... El nombre nada más... Así que..., para mantener la tradición, dame por lo menos esos cien francos...

BRIQUET.—Ya te he dicho que no pienso darte ni un céntimo. No hablemos más de este asunto.

MANCINI.—A Consuelo la doy la mitad del sueldo. ¿Es que crees tú que yo no quiero a mi hija, a mi única hija, a la prenda sagrada que me dejó su adorada madre?... No tienes corazón. (*Finge llorar y seca sus lágrimas con un pañuelo de dudosa blancura, con el escudo bordado y bordeado de encaje.*)

BRIQUET.—Di mejor que ella es tan tonta que te entrega la mitad de su sueldo... Y ahora déjame en paz.

(*Entra SINIDA, la domadora de leones. Es una mujer bellísima, alta y arrogante, de ademanes majestuosos, lentos e imperativos,*

que a primera vista parecen indolentes. Es la mujer de Briquet sin haberse casado con él.)

SINIDA.—(*A Mancini.*) Buenos días.

MANCINI.—Señora, éste podrá acribillarme a puñaladas; pero no en su presencia puedo yo contener los impulsos de mi corazón. (*Se arrodilla ante ella, bromeando.*) Señora, el conde Mancini implora vuestra mano.

SINIDA.—(*A Briquet.*) ¿Es que quiere dinero?

BRIQUET.—Efectivamente.

SINIDA.—Pues no se lo des. (*Se deja caer con aire cansado entornando los ojos en la punta de un diván raído.*)

MANCINI.—(*Levantándose y limpiándose las rodillas.*) Duquesa, no sea usted tan cruel conmigo; yo no soy un león ni un tigre, ni ninguna de esas fieras que usted doma con tanto arte, sino simplemente un animalito doméstico que se contenta con rumiar unas briznas de verde...

SINIDA.—(*Sin abrir los ojos.*) Jim me ha dicho que le has puesto un maestro a Consuelo, ¿para qué?

MANCINI.—Mi deber y mi corazón de padre amantísimo me lo impone. La ruina de mi casa ha sido la causa de su incompleta educación. Parece imposible, pero esta es la verdad. ¿Y aún tienes valor, Briquet, para preguntarme lo que hago con el dinero?

SINIDA.—Algo maquina éste.

BRIQUET.—¿Y qué es lo que quieres que aprenda?

MANCINI.—Todo. Elegí primero un estudiante; pero ayer mismo tuve que despedirle. Se había enamorado de Consuelo. Mi Consuelo, querido Briquet, está aprendiendo de todo, incluso muchas cosas de las que tú no tienes ni idea. Literatura, mitología, ortografía... (*Entran dos artistas jovencitas que se sientan con aire de cansancio, en silencio y con mucha compostura. Llevan, sobre sus trajes ligeros, unos abriguitos cortos.*) No quiero que mi hija...

SINIDA.—Este trama algo.

BRIQUET.—¿A qué viene todo eso? (*Con tono de aleccionarle.*) Eres tonto. ¿De qué le va a servir a la chica aprender todas esas simplezas? ¿No está aquí con nosotros? Pues, ¿para qué necesita más? ¿Qué es eso de la ortografía? Pregunta a cualquiera y verá como te dice que todo eso son ganas de perder el tiempo; empezando por mí, que hubiera echado otro pelo si no hubiera estudiado. Si yo llegara a ser ministro prohibiría a los artistas que leyesen. Ya tienen de sobra con leer los carteles de la función. (*Mientras habla Briquet entran los dos clowns y otro artista. Se sientan rendidos, sin decir palabra.*) Tu Consuelo es hoy una artista de primer orden; pero como la hagas estudiar mitología y la dejes que lea novelas empezará a pensar en las musarañas, perderá la cabeza y concluirá por envenenarse. Sé muy bien lo que son esos li

os, pues he leído alguno. No enseñan más que vicios y le arras-
an a uno al suicidio.

ARTISTA 1.ª—Pues yo leo siempre los folletines de los periódicos; me gustan mucho!

BRIQUET.—¡Ah, sí! Pues acabarán por llevarte a la ruina. eerme, nada de lo que sucede fuera de aquí debe interesarnos. lemás, ¿podemos comprender nosotros lo que sucede por ahí?

MANCINI.—Eres el enemigo de la cultura; eres un ignorante.

BRIQUET.—Y tú un majadero. Tú eres también uno de esos de r ahí fuera. ¿Y me quieres decir qué es lo que has aprendido? os *artistas ríen.*) En cambio, si hubieses nacido en un circo, mo yo, ya sabrías algo. La cultura, en general, es una simpleza. si no preguntáselo a Sinida, que sabe lo que pueda saber el más ntado... Geografía, mitología, y qué sé yo cuántas cosas más... ieno; pues pregúntala si con todo eso ha sido más feliz... ¡Anda, ujer, díselo tú!

SINIDA.—Déjame en paz, Luis.

MANCINI.—(*Con ira.*) ¡Vete a paseo con tus tonterías! ¡Cuando oigo proclamar esa absurda filosofía me dan ganas de sacarte, cien francos, sino doscientos mil! ¡Pero es posible que exista hombre semejante!... ¡Y además haciendo de director! Mira, lo digo francamente, aquí delante de todos; eres un pícaro que pagas una miseria a tus artistas; pero a mi Consuelo le has de bir el sueldo en cien francos, y si no, decirlo vosotros: ¿a quién deben los llenos de todas las noches? ¿A vosotros dos, señores owns, y a vuestras sosas pantomimas musicales? ¿O a los leones los tigres? ¿Hay ya alguien que se interese por semejantes gatos ambrientos?

SINIDA.—No te metas con mis tigres.

MANCINI.—Perdona, Sinida; no quise ofenderte, palabra de ho-or; siempre admiré tu temeridad y tu gracia y beso tus manos de eroína; pero dime tú misma: ¿qué entiende la gente de heroís-os? (*Se oyen las notas de un tango que llegan de la pista. Mancini escucha extasiado.*) ¿Oyen? ¿Oyen ustedes? Y díganme, fran-amente: ¿No son Consuelo y Besano los que llenan el circo? ¿No ae mi Consuelo al público con sus tangos a caballo? ¡Como que asta Su Santidad perdería el seso si la viera!

POLLY.—Es verdad; es un número extraordinario. Pero la idea a sido de Besano.

MANCINI.—¡La idea! ¡La idea! ¡Besano está locamente enamo-ado de mi Consuelo! ¡Esa es su única idea! ¿Y qué es una idea n mujer? Podía estarse bailando con su idea hasta el fin del mun-o. Conque, papá Briquet, ¿en qué quedamos?

BRIQUET.—Yo me atengo al contrato.

MANCINI.—¡Qué ordenancista y qué burocrático eres!

SINIDA.—Dale al conde diez francos.

MANCINI.—¡Diez francos! ¡Nunca! Por las tradiciones de mi familia dame por lo menos veinte. Palabra de honor que no puede ser menos. (*Briquet le da los veinte francos.*) *Merci.*

SINIDA.—Echa a tu barón con viento fresco.

MANCINI.—(*Malhumorado.*) ¿Por quién me tomas? ¡Iba yo a contraer compromisos con un extraño que...?

SINIDA.—No piensas más que en tramar enredos y tienes la astucia del zorro...

MANCINI.—(*Riendo.*) Labios tan lindos no ofenden...

(*Entra TOMAS, en el que se adivina su condición de boxeador por su corpulencia.*)

TOMAS.—Papá Briquet, un señor del otro mundo desea hablarte.

ARTISTA 1.ª—¿Un fantasma?

TOMAS.—No; está todavía vivo. ¿Has visto alguna vez un fantasma borracho?

BRIQUET.—Si es un borracho, mándalo a paseo. ¿Con quién quiere hablar, conmigo o con el conde?

TOMAS.—Contigo. Puede que no esté borracho; puede que sea un fantasma de verdad.

MANCINI.—¿Un caballero del gran mundo?

TOMAS.—Sí. Voy por él, papá Briquet. (*Sale.*)

(*De la pista llegan chasquidos de fusta y gritos incitando al caballo. Los compases del tango se dejan de oír a veces y a veces se oyen con toda claridad. Silencio en la escena.*)

BRIQUET.—(*A Sinida, acariciándola una mano.*) ¿Estás cansada?

SINIDA.—(*Apartándole la mano.*) No.

POLLY.—Hoy tu león rubio andaba inquieto.

SINIDA.—Lo estás siempre hostigando y no debías hacerlo.

POLLY.—Hoy le toqué un potpourri de "La Traviatta" y lo cantó de primera. ¿Qué le parece, papá Briquet, si pudiéramos inventar un numerito?

(*TOMAS entra en escena con un CABALLERO y dice, señalando con el dedo a Briquet:*)

TOMAS.—El señor director. (*Después se retira con andar pesado e incierto. El Caballero recién llegado es un hombre ya machucho y feo, pero de fisonomía inteligente y viva. Lleva un abrigo elegante, con cuello de piel, y en la mano los guantes y el sombrero.*)

CABALLERO.—(*Inclinándose sonriente.*) ¿Es el señor director con quien tengo el gusto de hablar?

BRIQUET.—Efectivamente. Pero tome usted asiento. Tilly, trae una silla.

CABALLERO.—Gracias, no se moleste. (*Mirando en torno.*) ¿Son sus artistas? ¡Mucho gusto!

MANCINI.—(*Arreglándose la ropa, moviendo ligeramente la cabeza.*) El conde Mancini.

CABALLERO.—(*Con asombro.*) ¿Conde?

BRIQUET.—Sí, conde... ¿Y yo, con quién tengo el gusto de hablar?

CABALLERO.—Yo mismo no lo sé aún... Todo el mundo elige un nombre, ¿verdad?..., pues yo aún no me he decidido por ninguno. Quizás puedan ustedes ayudarme en la elección... Tengo pensados un par de nombres, pero, si he de decirles la verdad, son demasiado literarios.

BRIQUET.—¿Literarios?

CABALLERO.—Sí; resultan rebuscados, estudiados. (*Le miran todos con asombro.*) ¿Estos dos señores son clowns? ¡Mucho gusto!... Permítanme que les estreche la mano. (*Se levanta y estrecha la mano a ambos clowns, sonriéndoles cordialmente. Ellos le miran atónitos.*)

BRIQUET.—Perdone usted..., dígame..., ¿en qué puedo servirle?

CABALLERO.—(*Sonriendo siempre cordialmente y con tono de confidencia.*) No es usted quien debe servirme a mí, si no yo a usted. Quisiera formar parte de su compañía, papá Briquet.

BRIQUET.—¡Papá Briquet! Usted dispense, pero no parece usted tener aspecto...

CABALLERO.—(*Tranquilizándole.*) Lo tendré con el tiempo, y hasta creo que será pronto. Estos dos señores, hace un instante, pusieron una cara digna de admiración. ¿Quiere usted que la imite? Pues mire usted. (*Imita a los dos clowns poniendo cara de pasmo.*)

BRIQUET.—Muy bien. (*Involuntariamente.*) ¿Pero no estará usted borracho por casualidad?

CABALLERO.—No; yo no bebo nunca...; esta es, sencillamente, una de las facetas de mi talento...

BRIQUET.—¿Ha trabajado usted ya en algún sitio? ¿Quizá de "jongleur"?

CABALLERO.—No, señor. Pero me halaga, papá Briquet, el que vea usted en mí al profesional. No soy "jongleur" ni he trabajado nunca en ese género..., soy simplemente... así...

MANCINI.—Es extraño. Tiene usted todo el aspecto de pertenecer a la buena sociedad.

CABALLERO.—Conde, me hace usted mucho favor..., soy sencillamente... como soy.

BRIQUET.—Pero, entonces, ¿cuál es su?... ¿Qué quiere usted de mí?... En mi compañía están cubiertos todos los puestos.

CABALLERO.—No importa. Yo quiero trabajar como clown, si usted no se opone. (*Algunos artistas ríen. Briquet empieza a incomodarse.*)

BRIQUET.—Diga en pocas palabras qué es lo que sabe hacer. Se da mucho postín, pero aun no sabemos qué es lo que hace.

CABALLERO.—Nada, lo que se dice nada. Pero. ¿no resulta g cioso que un individuo no sepa hacer absolutamente nada?

BRIQUET.—Hombre, yo no le veo la gracia. Cualquier gandul dría decir lo mismo.

CABALLERO.—(*Mirando en torno, como en demanda de ayuda sonriendo siempre.*) Tal vez se pudiera encontrar algo...

BRIQUET.—(*Con ironía.*) ¿Algo literario?

(*Entra el clown JACKSON sin hacer ruido y se coloca junto Caballero sin que éste lo advierta.*)

CABALLERO.—Eso es, precisamente, algo literario... ¿Qué le rocería, por ejemplo..., un discursito acerca de un tema religios ¿O una discusión entre dos clowns?

BRIQUET.—¿Una discusión? Pateo seguro... Esto no es una ac demia.

CABALLERO.—(*Con enfado.*) ¡Quiero decir algo alegre, ligero. sobre la creación del mundo... o sobre el orden que en el mun reina!

BRIQUET.—¡Bah!, ¡bah! Para que se meta la policía con no otros.

JACKSON.—(*Aproximándose.*) ¿Sobre el orden que reina en mundo? ¿No te parece bien? Tampoco a mí; dame la mano.

BRIQUET.—(*Haciendo la presentación.*) Nuestro mejor clown, célebre Jackson.

CABALLERO.—(*Con entusiasmo.*) ¿Pero es usted? Permítame e trechar su mano. ¡Cuánto me ha divertido usted con sus genial dades!...

JACKSON.—¡Muchas gracias!...

BRIQUET.—Quiere ser clown, Jim...; ponlo a prueba.

(*A una seña de Jackson se quita el Caballero el abrigo, que ti sobre una silla, y aguarda a que le pongan a prueba. Jackson le vueltas, le zarandea y le observa con ojo crítico.*)

JACKSON.—¡Clown! ¡Hum! ¡No sé! ¡A ver! ¡Vuélvase de nu vo! ¡Hum!... ¡Lo que es para clown!... Ríase otra vez... ¡Ab más la boca! ¡Más todavía!... ¿Eso es una sonrisa?... ¡Bueno!. Disposición parece que no nos falta, pero hasta desarrollarla p completo... (*Con indignación.*) Apuesto cualquier cosa a que ni s quiera sabes dar un salto mortal.

CABALLERO.—(*Suspirando.*) No.

JACKSON.—¿Y cuántos años tienes?

CABALLERO.—Treinta y nueve... ¿Es demasiado tarde?

(*Jackson se pone a tocar un pito y se retira aparte.*)

BRIQUET.—(*Friamente.*) Lo siento mucho, pero no podemos ut lizar sus servicios. (*Pausa.*)

SINIDA.—(*Bajo.*) Contrátalo.

BRIQUET.—(*Furioso.*) Que lo contrate el diablo. ¿Qué quieres que haga con él si no sabe hacer nada? ¡Es un borracho!

CABALLERO.—¡Palabra de honor que no bebo nunca! Señora, muchas gracias por apadrinar mi causa. ¿No es usted la célebre Sinida, la domadora de leones, cuya majestuosa belleza y cuya intrepidez?...

SINIDA.—Sí, yo soy. Pero no quiero que me adulen.

CABALLERO.—No es adulación.

MANCINI.—Tú no estás acostumbrada a tratar con la buena sociedad, Sinida. ¡Adulación! El señor te expresa, galantemente, la admiración que le inspiras y tú... Eso se llama falta de tacto, Sinida... En cuanto a mí...

(*CONSUELO y BESANO entran con sus trajes de artistas.*)

CONSUELO.—¿Estás aquí, papá?

MANCINI.—Sí, hija mía. ¿No estás cansada? (*La besa en la frente.*) Caballero, mi hija la condesa Verónica; por nombre de artista, Consuelo, la reina del tango a caballo. ¿La ha visto usted?

CABALLERO.—Sí, señor, y me ha parecido su trabajo maravilloso. Soy un entusiasta de su arte.

MANCINI.—Igual les ocurre a cuantos la ven. Es la voz del pueblo. ¿Y qué me dice usted del nombre? ¡Consuelo! Lo encontré en una novela de Jorge Sand.

CABALLERO.—¡Qué cultura tiene usted!

MANCINI.—Gracias. Veo que, a pesar de su deseo excéntrico y casi inexplicable, pertenece usted a mi clase y me permitirá que le haga presente que sólo el fatal destino de mi rancia estirpe... ¡Sic transit gloria mundi, caballero!

CONSUELO.—Basta, papá. ¿Dónde está mi echarpe, Alfredo?

BESANO.—Aquí la tienes. Tómala.

CONSUELO.—(*Al Caballero.*) Es un trabajo veneciano auténtico; ¿le gusta?

CABALLERO.—Estoy lo que se dice deslumbrado. ¡Qué primor! Mientras más miro a mi alrededor, más vivo siento el deseo de quedarme con ustedes. (*Con cara de mochuelo.*) De una parte el señor conde, de otra...

JACKSON.—(*Satisfecho.*) No está del todo mal. Haz por espabilarte, por dar con lo que quieres hacer; aquí cada cual tiene que pensar con su cabeza. (*Pausa. El Caballero se lleva un dedo a la frente y se pone a pensar.*)

CABALLERO.—¿Tengo que pensar...? ¡Tengo que pensar...! ¡Eureka!

POLLY.—Eso quiere decir que has encontrado... ¡A ver! ¿El qué?

CABALLERO.—¡Eureka! Yo seré aquí... el que recibe las bofetadas. (*Ríen todos, incluso Briquet.*)

CABALLERO.—(*Sonriendo.*) ¿Ven ustedes? Ya los he hecho reír.

Cosa que no es nada fácil. (*Vuelven todos a ponerse serios y el clown Tilly suspira.*)

TILLY.—Es verdad. No es nada fácil. Polly, ¿te has reído tú también?

POLLY.—Sí; me he reído mucho. ¿Y tú?

TILLY.—Yo también. (*Imita con los labios varios instrumentos sobre un ligero motivo entre melancólico y alegre.*)

JACKSON.—¡El que recibe las bofetadas...! ¡No está mal...!

CABALLERO.—¿Verdad, señores? El papel me gusta y hasta creo que se adapta muy bien a mis costumbres. ¿Y saben ustedes el nombre artístico que voy a elegir? Pues..., sencillamente: el de Ese..., ¡el que recibe las bofetadas!...

JACKSON.—(*Pensativo.*) ¡Ese...! Verdaderamente no está mal...

CONSUELO.—¡Qué gracia tiene! Es un nombre que no existe en el calendario, ¿verdad, papá? (*Jackson, de improviso, da una bofetada fingida al Caballero, que retrocede, poniéndose pálido.*)

CABALLERO.—¡Ah! (*La carcajada en que estallan todos apaga su exclamación.*)

JACKSON.—¡Eres el que recibe las bofetadas y no has recibido ésta!

POLLY.—(*Interrumpiéndole.*) ¿Te parece que le has dado poco?

CABALLERO.—Fué una cosa tan inesperada... Ahora ya estoy sobre aviso... Me arde la cara, y eso que apenas me ha rozado. (*Vuelven a reírse todos de nuevo. Los clowns ladran, cacarean y aúllan. Sinida dice unas palabras a Briquet, dirige una mirada a Besano y sale. Mancini pone cara de aburrido y consulta el reloj. Las dos artistas se van.*)

JACKSON.—Contrátalo, papá Briquet. Dará animación a la compañía.

MANCINI.—Le advierto a usted que papá Briquet es avaro como un Harpagón y si espera usted sacar algo en limpio con él, se equivoca de medio a medio. (*Ríe.*) ¡Bofetadas! ¿Qué es una bofetada! Aquí hay quien las recibe de balde. Yo le aconsejaría que vuelva usted a la buena sociedad, donde podrá ganar mucho más con las bofetadas. Figúrese usted que al marqués Giusti, mi amigo, le han pagado por una bofetada, por una bofetada insignificante, nada menos que cincuenta mil liras.

BRIQUET.—Déjanos en paz, Mancini. ¿Quieres encargarte de él, Jackson?

JACKSON.—Sí. Corre de mi cuenta...

POLLY.—¿Sabes tocar algún instrumento? Por ejemplo: Una sonata de Beethoven con el mango de una escoba o una de Mozart con unas botellas...?

ESE.—Desgraciadamente, no. Pero te quedaré muy agradecido si tú me lo enseñas. Ser clown fué siempre mi sueño dorado. Desde

niño, mientras mis compañeros se entusiasmaban con los héroes de Plutarco o con la ciencia, yo sólo tenía una ilusión: llegar algún día a ser clown; tocar a Beethoven con el mango de una escoba o a Mozart con unas botellas; ese ha sido siempre mi mayor deseo. Pero, ¿y el traje? Necesito un traje.

JACKSON.—Bien se echa de ver que no tienes de eso ni la más ligera idea. El traje es una cosa que da mucho, pero mucho que pensar, amiguito. ¿Te has fijado en el sol que llevo aquí detrás? (*Golpeándose el trasero.*) Pues me costó el encontrarlo nada menos que dos años.

ESE.—(*Con entusiasmo.*) Yo también buscaré hasta que encuentre.

MANCINI.—Consuelo, tenemos que irnos. Tienes que vestirte. (*A Ese.*) Hoy comemos en casa de mi amigo el barón Regnard, el famoso banquero.

CONSUELO.—Yo no puedo ir, papá. Alfredo me ha dicho que tengo que ensayar todavía.

MANCINI.—Pero, hijita, ¿tú sabes el compromiso en que me pones? Di al barón palabra de que iríamos. Nos está esperando... No es posible... ¡Sudo hielo..., palabra de honor!

CONSUELO.—Es que dice Alfredo...

BESANO.—(*Secamente.*) Tiene que seguir ensayando. ¿Has descansado ya? Pues vamos.

MANCINI.—Pero, ¿qué es esto? ¿Te has vuelto loco? Por interés del arte he permitido que ensayes un rato con mi hija..., pero no que...

CONSUELO.—Tenemos que trabajar los dos, papá. Vete tú a comer con el barón; pero, papá, ¿hoy tampoco has cogido pañuelo limpio? Pues ayer te lavé dos, ¿qué has hecho de ellos?

MANCINI.—(*Enrojeciendo.*) ¡Cómo! A mí me lava la ropa la lavandera y tú te ocuparás, si acaso, de la de tus muñecas. Consuelo, acostúmbrate a llevar cuidado con lo que dices. ¿Qué pensarán estos señores? Bueno, me marcho.

CONSUELO.—¿Quieres que ponga unas letras excusándome?

MANCINI.—(*Irónico.*) ¿Unas letras? No; de ningún modo. Hasta la vista. (*Sale iracundo, jugando el bastón. Los dos clowns musicales le acompañan tocando una marcha fúnebre. Ese y Jackson ríen. Los artistas se van alejando poco a poco.*)

CONSUELO.—(*Riendo.*) Pero, ¿es que escribo yo tan mal? ¡Con lo que me gusta escribir cartas! Oye, Alfredo: ¿te gustó mi carta del otro día, o te hizo reír también a ti?

BESANO.—(*Enrojeciendo.*) No, no me hizo reír. Ven, Consuelo. (*Salen. En la puerta tropiezan con Sinida.*)

SINIDA.—¿Aun quieres trabajar más, Besano?

BESANO.—Sí; no sé por qué, pero hoy no va como debiera. ¿Qué

hacen tus leones? Creo que también ellos sienten la influencia del tiempo.

CONSUELO.—(*Desde fuera.*) ¡Alfredo!

SINIDA.—Sí. Te llaman. Ve, Alfredo. (*Sale Alfredo.*) ¿De modo que estáis de acuerdo?

BRIQUET.—Sí.

JACKSON.—(*Despidiéndose.*) Hasta la noche. Ese, piensa en tu traje; yo también pensaré, y mañana a las diez en punto vente por aquí; no te retrases, que si no vas a llevar una bofetada más. Quiero ocuparme de ti. (*Sale.*)

ESE.—Seré puntual. No tengas cuidado. (*Siguiéndole con la mirada.*) Debe ser muy bueno. Qué buenos son los que le rodean, papá Briquet. Y ese jockey está enamorado de Consuelo, ¿verdad? (*Ríe.*)

SINIDA.—Eso no debe importarte. Eres demasiado curioso. ¿Cuánto quieres ganar?

BRIQUET.—Por el pronto... no puedo hacerte un contrato.

ESE.—Es igual..., como usted quiera... ¿Sabe usted una cosa...? Por el momento no hablemos de dinero. Usted es una persona decente, Briquet. Verá lo que sé hacer y después...

BRIQUET.—Está bien, está bien. Me parece muy justo, ¿verdad, Sinida? Aun no sabe hacer nada...

SINIDA.—Si quiere quedarse en esas condiciones... Dame el libro para apuntarlo.

BRIQUET.—Aquí lo tienes. (*A Ese.*) La escritura no es mi fuerte. Apuntamos los nombres de nuestros artistas para la policía, ¿sabes? Puede cualquiera romperse la crisma, y... (*De la pista llega de nuevo el eco del tango y el grito que incita al caballo.*)

SINIDA.—¿Cómo te llamas?

ESE.—(*Sonriendo.*) Ese... Es el nombre que he elegido... ¡Qué! ¿No la gusta?

BRIQUET.—Sí, hombre, sí... Sólo que necesitamos saber tu verdadero nombre. ¿No tienes pasaporte?

ESE.—¿Pasaporte...? No; no lo tengo. Es decir: tengo algo parecido, pero no creía que fuesen ustedes tan exigentes. ¿Por qué?

SINIDA.—Sin tus papeles en regla no podemos tomarte; no queremos luego líos con la policía por causa tuya.

BRIQUET.—Es mi mujer, ¿no lo sabías? Bueno; pues Sinida tiene razón. Puede ocurrir que te pise un caballo... o que te lastimes..., a mí no me importa..., pero esa gente piensa de otro modo... Para mí, un cadáver es un cadáver; ni siquiera pregunto quién es. Se lo dejo a Dios o al diablo; pero esa gente es muy curiosa, Según parece no tienen más remedio que ser así. Pero, ¿no tienes una tarjeta siquiera?

ESE.—¿Una tarjeta? Sí la tengo; pero... (*Sonriendo*) desearía, si fuera posible, mantener mi nombre oculto, ¿comprende?

BRIQUET.—¿Ha sido usted acaso...?

ESE.—Sí..., eso... o algo semejante..., pero... ¿es que no tengo más remedio que tener un nombre? ¿No puedo haberlo perdido, como se pierde un sombrero o se cambia...? Supongo que si entra por sus puertas un perro extraviado no irá usted a preguntarle su nombre, si no que lo pondrá otro nuevo... ¿Por qué no voy a ser yo igual que un perro? (*Ríe.*)

SINIDA.—A nosotros dos puedes decírnoslo y nadie más lo sabrá a menos que te rompas la cabeza...

ESE.—¿Palabra de honor? (*Sinida se encoge de hombros.*)

BRIQUET.—Te advierto que donde hay personas honradas toda palabra es palabra de honor. ¡Cómo se nota que eres uno de esos de por ahí fuera!

ESE.—Pues sea como queréis. Pero no hagáis aspavientos. (*Da su tarjeta a Sinida. Esta la lee y se la pasa a Briquet. Ambos le miran.*)

BRIQUET.—Si es verdad, si es usted realmente lo que dice aquí...

ESE.—¡Por el amor de Dios...! ¡Por el amor de Dios...! Lo he sido antes; hace ya mucho tiempo. Esta es sólo una factura pagada de un sombrero viejo. Les ruego que lo olviden como yo lo he olvidado. De aquí en adelante seré el que recibe las bofetadas y nada más. (*Pausa.*)

BRIQUET.—Perdóneme que le pregunte una vez más si no está usted borracho...; hay algo en su mirada...

ESE.—No; no estoy borracho..., soy... el que recibe las bofetadas; pero, ¿a qué viene eso de hablarme de usted, papá Briquet? Me ofende...

SINIDA.—Me parece que eso le atañe a él solo, Briquet. (*Vuelve a leer la tarjeta.*) Ahora que hay que reconocer que eres un señor bastante raro. (*Sonriendo.*) ¿No has notado ya que Besano está locamente enamorado de la linda amazona y que yo quiero como es debido a mi Briquet?

ESE.—(*Sonriendo también.*) Verdad es que le adoras.

SINIDA.—Sí que le adoro. Anda, Briquet, enséñale la pista y las cuadras. Yo en tanto voy a apuntar algunas cosillas.

ESE.—Gracias. ¡Qué feliz soy! ¿De veras me habéis admitido en vuestra compañía, o es que os burláis de mí? ¡La pista! ¡La arena de la pista, el circo, donde podré hacer piruetas y recibir las bofetadas! Sí, sí. Vamos allá. Hasta que no sienta crujir la arena bajo mis pies no lo creeré.

BRIQUET.—Vamos. (*Da un beso a Sinida.*) En marcha. (*Se dirigen a la puerta.*)

SINIDA.—Un momento; contesta a una última pregunta. Tengo un criado que me limpia las jaulas, un chico muy simplón, al que nadie conoce. Barre las jaulas y entra en ellas cuando quiere. No

mira a mis fieras y se encuentra allí muy a gusto. ¿Cómo te lo explicas? Nadie le conoce y en cambio a mí me conoce todo el mundo. Cuando yo entro en las jaulas, todos tiemblan por mí, mientras que con él..., ya verás; es un chico idiota. (*Ríe.*) Que no se te ocurra ni por un momento entrar en las jaulas. Mi león rubio podría darte una bofetada que te dejaría señal para toda tu vida.

BRIQUET.—Siempre has de estar con las fieras a vueltas. Déjalas en paz, Sinida.

SINIDA.—(*Riendo.*) Bueno. Marcharos ya. Luis, haz el favor de mandarme a Besano; tengo que arreglar unas cuentas con él. (*Salen Ese y el director. Sinida vuelve a leer la tarjeta y después la guarda en una cajita. Se levanta y pasea por la escena; después se detiene y se pone a escuchar los acordes del tango. De pronto cesa la música. Sinida permanece inmóvil mirando hacia la puerta obscura que está abierta.*)

BESANO.—(*Entrando.*) ¿Me has mandado llamar, Sinida? ¿Qué quieres? Acaba pronto, que no dispongo de tiempo.

SINIDA.—Besano...

BESANO.—¿Qué deseas? Ya te he dicho que tengo prisa.

SINIDA.—Todos dicen que estás enamorado de Consuelo, ¿es cierto?

BESANO.—Es mi compañera de tango.

SINIDA.—No; di la verdad. ¿Tú estás enamorado de ella?

BESANO.—Yo no estoy enamorado de nadie. Hoy está aquí Consuelo..., y mañana su padre se la puede llevar muy lejos. ¿Quién soy yo? Un acróbata. El hijo de un zapatero de Milán. ¡Y ella, en cambio! No sé apenas hablar..., me faltan las palabras, como a mi caballo. ¿Quién soy yo para permitirme el lujo de amar?

SINIDA.—¿Y a mí...? ¿No me quieres un poquito por lo menos?

BESANO.—No; ya te lo he dicho otras veces.

SINIDA.—¿No me amas todavía? ¿Ni siquiera un poquito, aunque sea muy poquito?

BESANO.—(*Después de una pausa.*) A ti te temo. (*Sinida, colérica, hace además de abalanzarse a él, pero se contiene.*)

SINIDA.—¿Es que soy algún monstruo?

BESANO.—Eres hermosa. Casi tan bella como Consuelo, pero tus ojos no me gustan. Tus ojos me mandan amarte, y yo no puedo amar cuando quieren imponérmelo a la fuerza. Te temo.

SINIDA.—¿Es que yo te obligo acaso a que me ames? No... Besano... Lo que hago es pedírtelo...

BESANO.—¿Por qué no me miras? ¡Ah! Ahora te he cogido. Sabes muy bien que tus ojos no saben rogar. (*Ríe.*) Te han echado a perder tus leones.

SINIDA.—Mi león rubio me quiere.

BESANO.—No es verdad. Si te quiere, ¿por qué es tan rabioso?

SINIDA.—Ayer me lamió la mano como un falderillo.

BESANO.—Y hoy, desde por la mañana, está espiándote, muriéndose de ganas de destrozarte. Mete el hocico por entre los barrotes de la jaula y pone unos ojos como si no viese a nadie más que a ti. Te teme y te odia. ¿Tienes la pretensión de que yo también te lama la mano como un falderillo?

SINIDA.—No, Alfredo. Soy yo quien quiere besar tu mano. (*Con pasión.*) Déjame besar tu mano, Alfredo.

BESANO.—¿Qué dices? Da vergüenza oírte.

SINIDA.—(*Dominándose.*) No está bien atormentar a nadie como tú me atormetas. Yo te amo, Alfredo. Mírame a los ojos: no te lo mando, Alfredo: te amo. (*Pausa. Besano se vuelve hacia la puerta.*)

BESANO.—Adiós.

SINIDA.—Alfredo... (*Asoma ESE por la puerta y se detiene.*)

BESANO.—Te suplico que no vuelvas a repetirme que me amas. No te lo consiento, ¿sabes? Si no me haces caso me iré de aquí. Cuando me dices "te amo" me haces el efecto de una cualquiera. No olvides que no me gusta. (*Besano se vuelve bruscamente y se aleja. El y Sinida han advertido la llegada de Ese. Besano pasa rozando con él. Sinida vuelve junto a la mesa con indiferencia y enojo.*)

ESE.—(*Acercándose.*) Perdona, no...

SINIDA.—¡Vuelves a meterte donde no te importa! Parece que estás deseando que te den un bofetón.

ESE.—(*Riendo.*) He venido simplemente a recoger mi gabán y no he oído nada.

SINIDA.—¿Y qué me importa a mí que hayas oído o no?

ESE.—¿Permites que coja el abrigo?

SINIDA.—Si es tuyo...; pero ven acá, siéntate.

ESE.—Con tu permiso.

SINIDA.—Contesta a lo que voy a preguntarte. ¿Podrías tú amarme?

ESE.—(*Riendo.*) ¡Hablarme a mí de amor! Pero, mírame bien, Sinida, ¿tú has visto alguna vez que un hombre como yo pueda inspirar amor?

SINIDA.—¿Un hombre como tú...? ¿Por qué no?

ESE.—Quizás tenga yo hoy una expresión particular, porque estoy contento de haber perdido la factura de mi sombrero, o por no haberme vuelto loco de alegría..., no sé..., las cosas me bailan ante los ojos, ni más ni menos que a una muchacha que va al baile por primera vez. ¡Qué bien se está aquí! ¡Dame pronto una bofetada, que quiero ensayar mi papel, y quién sabe si así se me despertará el amor! (*Escucha su corazón y finge asustarse.*) ¡Sinida, creo sentirlo! (*De la pista llega de nuevo la música del tango.*)

SINIDA.—¿Por mí?

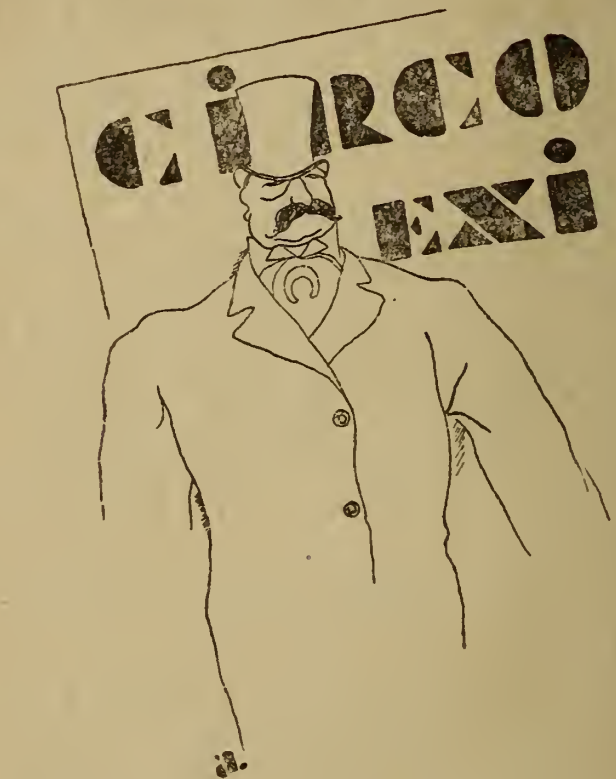
ESE.—¡No lo sé todavía...; por todos! (*Escuchando la música.*) ¡Bailan. ¡Qué linda es Consuelito! ¡Y qué guapo es Besano! Tiene el cuerpo de un Apolo y se diría creado por el cincel de Praxiteles. ¡El amor! ¡El amor! (*Pausa. Continúa oyéndose el tango.*)

SINIDA.—Dime...

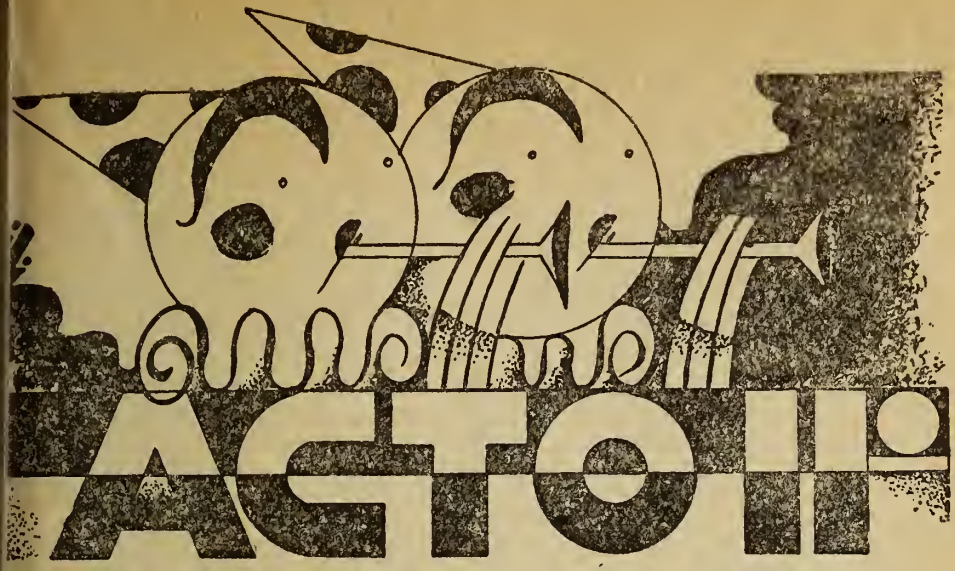
ESE.—¿Qué mandas, reina?

SINIDA.—¿Qué debo hacer para que mis fieras me amen?

TELON



BRIQUET



La misma escena, durante la representación. A intervalos se oyen aplausos, música, exclamaciones... Los ventanucos están iluminados.

(*En escena, CONSUELO Y el BARON REGNARD. Consuelo viste traje de amazona y se envuelve en un chal; está sentada apoyando los pies en el diván. Ante ella Regnard, alto, corpulento, con una flor en el ojal. Mira a Consuelo poniendo los ojos tiernos.*)

BARON.—¿Es cierto que su padre..., el conde..., la ha presentado a usted al marqués Giusti..., que dicen que es riquísimo?

CONSUELO.—(*Asombrada.*) No, no es verdad. Es una broma. Mi padre habla mucho de ese marqués, pero yo no le he visto en mi vida.

BARON.—¿Sabe usted una cosa...? Pues que su padre es un trapisondista...

CONSUELO.—¡No! ¡Es tan bueno el pobre!

BARON.—¿Le gustan a usted los brillantes?

CONSUELO.—Mucho. ¡Si viera usted lo que sentí que mi padre me obligara a devolverlos. Hasta eché unas lagrimitas...

BARON.—Su padre de usted...

CONSUELO.—Deje usted en paz a mi padre. ¡Me quiere tanto...!

BARON.—Déjeme usted besar su mano...

CONSUELO.—Eso ya no se estila, barón. Eso está bien al entrar en un salón o al despedirse, pero no así de repente...

BARON.—Todos se enamoran de usted y por eso tienen usted y su padre tantos humos. ¿Quién es ese clown nuevo y cómo se llama? Le diré a usted que no me hace ni pizca de gracia; me parece un

granuja. ¿Ese también está enamorado de usted? Me llamó la atención cómo la mira a usted...

CONSUELO.—(*Ríe.*) No; no diga usted eso. Es muy gracioso y muy alegre. Ayer se llevó cincuenta y dos bofetadas. Las estuvimos contando. Y mi papá dijo: si fuesen ducados...

BARON.—¿Y Besano? Dígame con franqueza, ¿le gusta Besano?

CONSUELO.—¡Mucho! ¡Es muy guapo! Ese dice que somos las dos criaturas más bellas del mundo; a él le llama Adán. Yo, como puede figurarse, soy Eva; eso no está bien, ¿verdad?

BARON.—¿Le gusta mucho a Ese armar conversación con usted?

CONSUELO.—Sí; charlamos mucho. Ahora que yo no le entiendo; me hace la impresión de que está siempre borracho.

BARON.—¡Consuelo...! ¡Sea usted mi consuelo...! ¡Yo la amo!

CONSUELO.—Hable usted con papá.

BARON.—Su padre es un lioso... ¿No comprende usted que no puedo hacerla mi esposa?

CONSUELO.—Papá dice que sí puede usted.

BARON.—No puedo; no puedo. ¡Y si me suicido! Consuelo, Consuelito, te amo locamente. Creo que he perdido el juicio y que debían encerrarme en un manicomio. ¿Por qué te amaré tanto?

CONSUELO.—Entonces, lo mejor es que se case conmigo.

BARON.—He tenido mujeres a cientos; todas jóvenes y bonitas, y para ninguna he tenido ojos. Tú eres la primera mujer que veo, y no veo nada ni nadie más que a ti. ¿Quién hace nacer el amor en el corazón del hombre? ¿Será Dios o el demonio? En el mío de fijo ha sido el demonio... ¡Déjame besar tu mano!

CONSUELO.—No. (*Suspira abismada en sus pensamientos.*)

BARON.—Tú piensas eso mismo algunas veces, ¿verdad? ¿Qué pensabas ahora?

CONSUELO.—(*Suspirando.*) Pensaba en Besano. ¡Me da tanta lástima!.... ¡Es tan bueno!... ¡Tiene tanta paciencia para enseñarme!... ¡Y vive tan mal el pobre!...

BARON.—¿Has estado en su casa?

CONSUELO.—No. Pero me lo ha dicho Ese..., el clown nuevo. ¡Mire cómo se divierte el público; se ríen tanto por las bofetadas que se lleva! ¡Pobrecillo! ¡Me da lástima, aunque no le hacen daño, porque son bofetadas de mentirijillas... Ya debe venir el descanso... (*El barón tira el cigarro y se arrodilla delante de Consuelo.*)

BARON.—¡Consuelo!

CONSUELO.—¡Levántese usted...! ¡Suélteme la mano!

BARON.—¡Consuelo!

CONSUELO.—¡Levántese, por Dios! ¡Es horrible!... ¡Está usted tan gordo...! (*El barón se levanta. Llega el eco del bullicio y las voces del público. Ha empezado el descanso. Entran los artistas charlando alegremente. El primero ESE, con su traje de payaso, con*

las cejas ribeteadas de negro y la nariz blanca. Todos aplauden; algunos gritan: "¡Bravo, bravo por Ese!" Todos, jinetes, acróbatas, clowns, etc., visten el traje de la pista. Sólo falta SINIDA. El último en entrar es BRIQUET.)

POLLY.—¡Cien bofetadas! ¡Bravo! ¡Bravo...!

JACKSON.—¡No está mal! ¡No está mal! ¡Vas a hacer carrera, hombre!

TILLY.—Hoy ha resultado él el maestro y nosotros los discípulos. ¡Ahí tienes una más! (*Dándole una bofetada.*) ¡Ya son ciento una! (*Todos ríne. Ese saluda al barón, que se muestra cortés, pero reservado. Llega MANCINI, jugando con el bastón como siempre.*)

MANCINI.—(*Saludando a todos.*) ¡Le digo, barón, que ha sido un éxito enorme...; no puede usted imaginarse lo que le gustan a este público las bofetadas... (*Bajo.*) Se ha ensuciado usted las rodillas, barón..., límpieselas... Este suelo siempre está sucio. (*Alto.*) Consuelito, hija mía, ¿cómo estás? (*Se acerca a su hija. En la escena reina una alegría ruidosa y desenfadada. Llegan unos CAMAREROS trayendo cerveza, café y vino.*)

CONSUELO.—¿Dónde está Besano?

ESE.—(*Al barón.*) ¿No me conoce usted?

BARON.—¡Claro que sí! Es usted el clown nuevo.

ESE.—Efectivamente. Yo soy "El que recibe las bofetadas". Permítame usted que le pregunte si recibió usted los brillantes.

BARON.—¿Qué dice usted?

ESE.—Me encargaron a mí de llevarle unas joyas... y quisiera saber... (*El barón le vuelve la espalda, y Ese se ríe.*)

JACKSON.—Whisky con soda. Le digo que hará carrera. Soy un clown viejo y me sé al público de memoria. Hoy me ha eclipsado incluso a mí mismo. Mi sol se ha eclipsado. (*Golpeándose el trasero*) El público se entrega cuando aciertan con su gusto; necesita las bofetadas; siente nostalgia por ellas. A tu salud, Ese. ¡Más whisky con soda! Hoy te has llevado tantas bofetadas que hubiera habido bastante para toda la concurrencia.

TILLY.—¿Qué te apuestas a que no hubiera habido bastante?

POLLY.—Yo me apuesto que sí. ¿Quieres que me dé una vuelta por el público para contar las caras?

JACKSON.—¡A tu salud, Ese!

ESE.—¡A la tuya, Jim! Y dime, ¿por qué me interrumpiste mi discurso cuando más entusiasmado estaba?

JACKSON.—Porque empezabas a hacer burla de la religión. Tratándose de política, de moral, tienes carta blanca; pero con la religión no te metas; créeme que te cerré la boca a tiempo, ¿verdad, papá Briquet...?

BRIQUET.—Era demasiado literario; te olvidaste de que esto no es una academia.

TILLY.—¡Pero cerrarle a uno la boca!

BRIQUET.—Siempre hay razón para cerrarle la boca a un individuo, excepto cuando bebe... ¡Un whisky con soda!

ALGUNAS VOCES.—¡Un whisky con soda para el director...!

MANCINI.—Pero, ¡otra vez te has puesto a filosofar...!

BRIQUET.—Hoy no estoy satisfecho de ti, Ese. ¿Quieres decirme por qué te empeñas en irritarlos...? No les hace ninguna gracia. Una buena bofetada debe ser clara y limpia como el cristal; ¡clatsch!, ¡clatsch!, a la derecha; ¡clatsch!, a la izquierda, y paz Christi. Así debe ser; eso es lo que quiere el público; así se ríen que es un gusto y tú te ganas sus simpatías. Pero tus bofetadas tienen un sabor extraño, picante, pungente...

ESE.—Pues también se ríen.

BRIQUET.—Sí; pero no de buena gana. Comprenden que ellos pagan el pato, y eso no es jugar limpio ni es la manera de ganarse el aplauso.

JACKSON.—Ya se lo he dicho yo también. Hoy ya estaban empezando a ponerse de uñas.

BESANO.—(*Entrando, a Consuelo.*) ¿Dónde te metes? Te he estado buscando por todas partes. Ven. (*Salen ambos. Tras un momento de duda los sigue el barón. Mancini le acompaña respetuosamente hasta la puerta.*)

ESE.—Estáis sencillamente anticuados; habéis perdido el sentido escénico; eso es todo.

JACKSON.—¿Quién está anticuado?

ESE.—No te enfades, Jim. ¿No te has dado cuenta de que estoy recitando mi papel? ¡Me siento tan feliz cuando salgo a la pista y oigo la música! Llevo puesta una máscara y siento mi corazón tan ligero como en un sueño. ¿Te acuerdas cuando anoche parodié al grande hombre, al filósofo, con esta cara de bufón? (*Vuelve a adoptar la fisonomía pedantesca de un hombre de ciencia y repite entre carcajadas generales el papel que recitó en la parodia la noche anterior.*) Mientras paseaba ponderando mi ciencia, mi grandeza, mi superioridad, revelando al vulgo la divinidad que palpita en mí, cómo yo estaba muy por encima de toda ruindad humana y cómo una aureola de gloria circundaba mis sienes... (*Cambiando de tono; hablando de prisa.*) Cuando me diste la primera bofetada, Jim, y yo te pregunté: "¿Qué es eso? ¿Es que me aplauden?" Cuando al décimo bofetón volví a preguntarte: "¿Es que la Academia me ha mandado llamar...?" (*Mira en torno con la exagerada expresión de la más grande e irresistible superioridad. Todos ríen. Jackson le da una bofetada.*) ¿Y ahora a qué viene esto?

JACKSON.—Pues porque te preocupas por nada, tonto; y porque estás trabajando gratis... ¿Qué le debo, camarero? (*Se oye un tim-*

bre llamando a los artistas. Todos dejan de reír y se separan de prisa. Algunos echan a correr. Los Camareros se guardan el dinero.)

BRIQUET.—(*Grita alargando las sílabas.*) ¡A la pista! ¡A la pista! (*Salen a la pista los clowns, al compás de una música chillona. Los demás se alejan lentos. Llega el eco de una música estridente. Ese se sienta, pone los pies en alto apoyándolos en el diván y bosteza.*)

MANCINI.—Tú posees algo que jamás le fué concedido a mi ilustre linaje: dinero. ¿Me permites que pida una botella? (*Al Camarero.*) Traiga una botella de tinto. (*El Camarero, que estaba quitando el servicio de una mesa, trae la botella y unos vasos; luego se retira.*)

ESE.—Me parece que estás malhumorado. (*Desperezándose.*) Cien bofetadas son quizás demasiadas para mis pocos años. ¿Por qué tienes tan mal humor? ¿Cómo va el asunto de la menor?

MANCINI.—Chist..., muy mal..., se complica..., los padres...

ESE.—¡Andas en malos pasos! ¿Eh?

MANCINI.—Lo que ocurre es que debo velar por las tradiciones de mi casa. Aquí donde me ves, bromeando siempre, tengo un infierno en el alma. Tú eres el único que puedes comprenderme. Dime: ¿qué extraña pasión es ésta? Explícamelo. Esta pasión puede más que yo y acabará por llevarme a la cárcel, a la tumba; ¡oh, pasión perversa! ¡Verdaderamente soy una figura trágica! (*Se enjuga una lágrima con el mismo pañuelo sucio del primer acto.*) ¿Por qué no ha de gustarme lo lícito? ¿Por qué he de pensar siempre, hasta en los instantes de éxtasis, en un artículo del Código? ¿No es esto la locura? ¡Me estoy volviendo anarquista! ¡Esto era lo único que me faltaba! ¡Un conde Mancini anarquista!

ESE.—¿Pero no tiene arreglo?

MANCINI.—No hay más medio que el dinero. ¿Y de dónde saco yo dinero?

ESE.—Pues ¿y el barón?

MANCINI.—Es una sanguijuela que está en acecho esperando su hora; y llegará el día, es fatal, en que no me quedará otro remedio que cederle a Consuelo por 40 ó 50.000 francos.

ESE.—¡Hombre, eso sería darla muy barata!

MANCINI.—¿Digo yo acaso que sea cara? ¡Ni que yo lo quiera hacer tampoco! Pero si esos viles burgueses me aprietan el pescuezo y me ahogan, ¿qué salvación me queda? Mira, cada vez estoy más seguro de que eres un hombre de mundo y me comprendes. Ya viste los brillantes que le devolví. No tuve valor para cambiarlos por otros falsos... ¡Maldita honradez!

ESE.—¿Y por qué no lo hiciste?

MANCINI.—Porque hubiera echado a perder la combinación. ¿Tú crees que no se hubiera notado el cambiazo?

ESE.—Según parece no está muy decidido a casarse con ella.

MANCINI.—No. Ya puedes comprenderlo. (*Ríe.*) Es un hombre que se ha pasado en ayunas la mitad de su vida, y ahora, de pronto, se le ha despertado el apetito. Como no logre a Consuelo se acabará como una flor agostada.

ESE.—¿Por qué no le das tu hija a Besano?

MANCINI.—¿A Besano? ¿Pero a quién se le ocurre? (*Ríe.*) Y a propósito: tu broma con Adán y Eva no me gusta; es ingeniosa, no lo niego, pero compromete a la chica; lo sé por ella; te agradeceré que no lo repitas.

ESE.—¡Y si no dámela a mí!

MANCINI.—¿Tienes acaso un milloncejo en la cartera? (*Ríe.*) Te diré que no estoy de humor para reírte tus gracias de payaso. Tengo entendido que las cárceles de este país son espantosas y que no se hace en ellas ninguna distinción entre las gentes de mi clase y la plebe... Pero, ¿por qué me miras de ese modo? ¿Es que te burlas de mí?

ESE.—¡De ningún modo!

MANCINI.—No acabo nunca de comprender lo que quieres decir con ese hocico enharinado.

ESE.—Ya verás cómo no se casa con ella; eres demasiado celoso de tu honor y demasiado soberbio; pero te aseguro que no se casa con ella. ¿Qué es Consuelo, al fin y al cabo? Una muchacha sin instrucción, sin más habilidad que la de montar a caballo; sólo sobre esto adquiere una personalidad; por lo demás, cualquier doncellita de casa grande tiene mejores modales y un lenguaje más fino que ella. ¿No la encuentras un poco boba?

MANCINI.—Nada de eso. ¿Qué falta le hace la picardía a la mujer? Consuelo es todavía un diamante en bruto; y es menester ser muy idiota para no apreciar su valor. Por lo demás, bien sabes que ya he empezado yo a tallar el diamante.

ESE.—Sí; la has puesto un profesor y...

MANCINI.—Me alarmó la facilidad con que adelantaba en sus estudios y puse al profesor en la puerta. En un par de meses hubiera terminado por mandarme a mí a paseo. (*Ríe.*) Mira, decía mi padre que los hábiles joyeros de Amsterdam prefieren conservar las piedras preciosas sin tallar, para que no sirvan de cebo a los ladrones.

ESE.—Yo creo que el diamante está en estos momentos dormido.

MANCINI.—¿Y no sabes tú la sangre que lleva en sus venas toda italiana? Pues una mezcla de sangre de los Borgia, de los Corsini, de los Longobardos y de los Moros; no es una raza inferior de lugareños y gitanos. Para una italiana todo es posible, ¿te enteras, idiota? Si la educas mal harás de ella una trotera de poco pelo o

una pelandusca zarrapastrosa; mientras que si sabes manejarla será una reina, una diosa, la Venus Capitolina; ¡la italiana...!

ESE.—¿Sabes que eres un verdadero poeta? ¿Y qué hará de ella el barón?

MANCINI.—¿Qué va a hacer de ella si no una baronesa? ¿De qué te ríes, idiota? Hay que dar gracias a Dios de que ese cerdo enamorado no sea un duque o un príncipe, porque entonces haría de ella una princesa y yo tendría que considerarme perdido; a los dos meses no me permitirían ni siquiera asomar la nariz por la cocina de su casa. (*Ríe.*)

ESE.—(*Levantándose.*) ¡Cómo!, pero ¿no eres su padre?

MANCINI.—¡Chist! ¡Chist! No sé cómo tengo hoy la cabeza. ¡Claro que soy su padre! (*Ríe fuertemente.*) ¿No ves que tiene todo el aire de familia? ¡Fíjate en la nariz, en los ojos! (*Lanza de pronto un suspiro.*) ¡Ah, si vieras lo desgraciado que soy! Cuando pienso que mientras yo me consumo aquí por el honor de mi vieja estirpe, allí, en su silla de pista, está ese cerdo, ese elefante, comiéndose a Consuelo con sus ojillos de araña...

ESE.—Es verdad que tiene ojillos de araña.

MANCINI.—¿No te lo digo? ¡Una verdadera araña! Pero yo haré de forma que se case con ella. (*Pasea a uno y otro lado jugando el bastón.*) ¡Ya lo verás! Es un golpe de efecto que vengo preparando hace tiempo. (*Pausa.*)

ESE.—¿Por qué ese silencio en la pista? ¡Es muy raro!

MANCINI.—¡Yo qué sé! ¡Allá reina el silencio y aquí (*Señalándose la frente*) ruge la tempestad...! Debo revelarte una cosa extraordinaria. (*Ríe poniendo una cara misteriosa.*) Hace tres siglos que los condes Mancini son estériles.

ESE.—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo hacéis entonces para tener hijos?

MANCINI.—¡Chist! ¡Chist! ¡Ese es precisamente el secreto de nuestras santas madres! Nosotros somos demasiado viejos, demasiado nobles, demasiado refinados para dedicarnos a una empresa en la que cualquier mentecato puede darnos lecciones... (*Entra un MOZO del circo.*)

MOZO.—(*A Mancini.*) El barón Regnard me ha dado esta carta para usted.

MANCINI.—¿Sigue el barón en el circo?

MOZO.—No, señor; ya se ha marchado; la carta no espera respuesta.

MANCINI.—(*Rasgando el sobre con temblorosa mano.*) ¡Maldición! ¡Maldición...! (*El Mozo va a retirarse.*)

ESE.—Oye, ¿por qué ha cesado la música? ¿Cuál es la causa de ese silencio?

MOZO.—Es que la señora Sinida va a empezar su número de los leones. (*Vase. Mancini vuelve a leer la carta.*)

ESE.—¿Qué te pasa? ¡Se te ha puesto la cara radiante como el sol de Jackson!

MANCINI.—¿Que qué me pasa? (*Da dos o tres vueltas jugando el bastón.*)

ESE.—¡Mancini! (*Mancini baila haciendo gestos de coquetería.*) Pero, ¿quieres hablar, sí o no...?

MANCINI.—¡Dame diez francos! ¡Dámelos en seguida! (*Se los guarda en el bolsillo con un movimiento rápido y mecánico.*) Si dentro de un mes no me ves con automóvil, ya puedes darme una de tus bofetadas.

ESE.—¿Qué?, ¿se casa con ella?, ¿es cosa resuelta?

MANCINI.—¡Resuelta...! ¡Resueltísima! ¡Cuando se tiene la soga al cuello no repara uno en nada...! El barón... (*Entra BRIQUET, como si estuviera borracho, tapándose los ojos.*)

ESE.—¿Qué pasa, papá Briquet...?

BRIQUET.—¡Ay, no puedo; no puedo más!

ESE.—Pero, ¿qué ha sucedido? ¿Te has puesto malo? ¡Habla!

BRIQUET.—¡No puedo verla, no puedo! (*Se destapa los ojos y mira fijamente a un punto.*) ¡No hay más remedio que sacarla de allí! ¡Se ha vuelto loca! ¡Yo no podía seguir viéndolo! (*Se desploma en un asiento horrorizado.*) ¡La devorarán los leones; la devorarán!

MANCINI.—¡No, hombre; no tengas cuidado! ¡Es lo de siempre! ¿No te da vergüenza ponerte por eso a lloriquear como un chico?

BRIQUET.—¡No, no! ¡Hoy va de veras! ¡Se ha vuelto loca! El público está inmóvil; se oye hasta la respiración... No he tenido valor para seguir allí... Pero, ¿no oís...? (*Escuchan atentos, pero de fuera no llega el más leve ruido.*)

MANCINI.—¡Voy a ver!

BRIQUET.—(*A gritos.*) ¡No, no vayas! ¡Ese maldito número! ¡No vayas, que puedes provocar una desgracia...! Cualquiera que la mire... o mire a las fieras... ¡Es imposible...! ¡Esto se llama desafiar a Dios! Yo me he venido huyendo. ¡La matarán los leones! ¡La matarán!

ESE.—Pero tranquilízate, hombre. Nunca hubiera podido imaginar lo cobarde que eres. ¿No te da vergüenza? Bébete un vasito de vino. Anda, Mancini, dáselo...

BRIQUET.—No; no quiero vino. (*Escuchando.*) He visto mucho en mi vida, pero esto no... ¡Está loca! (*Siguen escuchando. De pronto se rompe el silencio como un murallón de piedra que se derrumba. Estallan los aplausos mezclados con la música, con gritos, con rugidos de fieras. Vuelve a reinar en la escena gran animación. Briquet se deja caer rendido en una silla.*)

MANCINI.—(*Excitado.*) ¿Lo ves, tonto...?

ESE.—Aquí viene Sinida. (*Entra SINIDA sola. Tiene la expresión de una bacante o una loca. Trae sueltos los cabellos y el traje caído de un hombro; sus ojos relucen sin ver y se la podría tomar por una estatua animada de la Victoria. Detrás de ella aparecen algunos ARTISTAS asombrados; luego los dos CLOWNS, y, por último, CONSUELO, pálida, y BESANO, trémulo. Todos miran a Sinida cohibidos, como si temiesen la mirada de sus grandes ojos.*)

BRIQUET.—(*Gritando.*) ¡Pero te has vuelto loca...!

SINIDA.—¡No! ¿Habéis visto? ¿Habéis visto? (*Se detiene sonrien, saboreando todavía su triunfo.*)

TILLY.—(*Lloriqueando.*) ¡Eres terrible, Sinida...!

SINIDA.—¿Has visto, has visto...? ¿Qué tal ha resultado?

BRIQUET.—¡A casa, Sinida! ¡A casa! ¡Vamos...!

POLLY.—No puede ser, papá Briquet. Falta tu número.

SINIDA.—(*Mirando fijamente a Besano.*) ¡Besano, Besano...! (*Ríe largamente, feliz.*) ¡Besano...! ¡Alfredo...! ¿Has visto? ¡Mis fieras me quieren! (*Besano sale sin responder. El fulgor de los ojos de Sinida se apaga de improviso, igual que su sonrisa, y palidece. Briquet la mira preocupado y grita:*)

BRIQUET.—¡Una silla! (*Sinida se sienta. La cabeza se le dobla y los brazos le caen a lo largo del cuerpo. Un temblor cada vez más fuerte la sacude todos los miembros y la obliga a castañear los dientes. Con voz apenas inteligible pide:*)

SINIDA.—¡Coñac!

(*Uno de los artistas va en busca del licor.*)

BRIQUET.—(*Cada vez más asustado.*) Sinida, Sinida, ¿qué tienes?...

MANCINI.—(*Solícito.*) Necesita descansar. (*A los artistas.*) Retiraos. Yo me encargo de todo, papá Briquet. ¡El abrigo! ¡Venga el abrigo! ¡Está helada! (*Un clown trae el abrigo y la arropan con él.*)

TILLY.—(*Con timidez.*) ¿Hacemos un poco de música?

MANCINI.—(*Dándola el coñac.*) ¡Bebe, reina! Bébetelo de un trago... ¡Así!

(*Sinida bebe el coñac como si fuera agua, probablemente sin sentir su gusto. Sigue temblando. Los dos clowns se retiran sin hacer ruido. De pronto, Consuelo se arrodilla ante ella y la besa las manos para calentárselas.*)

CONSUELO.—Sinida..., rica..., ¿tienes frío?... ¡Pobrecita mía, cómo tiene las manos!...

SINIDA.—(*Apartándola suavemente.*) A... a casa..., esto se me pasará en seguida... No es nada... Estoy muy... A casa... Tú, Luis, quédate, que aun tienes que hacer... Déjame, que ya estoy mejor...

CONSUELO.—¿Tienes frío? ¿Quieres mi chal?

SINIDA.—¡No! ¡Déjame! (*Consuelo se levanta y se retira aparte.*)

BRIQUET.—Todo por culpa de tus malditos libros, Sinida. Esa dichosa mitología. ¿Quieres decirme qué sales ganando con que te quieran las fieras?... ¡Las fieras! Ese, ¿puedes comprenderlo tú? También tú eres de por ahí fuera; tú vienes de su mundo y quizás a ti te preste oídos. Házselo comprender. ¿A quién van a querer las fieras, esos monstruos de mirada feroz?

ESE.—Tienes razón; sólo pueden querer a sus semejantes.

BRIQUET.—Todo eso es literatura. Díselo, tú, hombre, a ver si a ti te hace caso.

ESE.—(*Fingiendo que piensa en ello.*) Tienes muchísima razón, papá Briquet.

BRIQUET.—¿Lo ves, mujer? ¿Lo ves, tontuela, cómo todos lo dicen?

MANCINI.—Eres capaz de crisparle los nervios a cualquiera. ¿Quieres dejarla en paz? ¡Eres un verdadero tirano!

SINIDA.—(*Haciendo por sonreír, alarga una mano a Briquet para que se la bese.*) Tranquilízate, Luis; ya estoy mejor. Vaya, me voy a casa. (*Se levanta vacilando y temblorosa.*)

BRIQUET.—¡Pero no puedes irte a casa sola!

MANCINI.—¿Se ha visto alguna vez al conde Mancini negarle su ayuda a una dama? Puedes quedar tranquilo, que yo la acompañaré. Tomás, trae en seguida un auto. ¡No la estrujes así, Briquet! (*Mancini y Briquet conducen a Sinida a la puerta. Consuelo la sigue con la mirada en una actitud inconscientemente artística, con las manos en torno al mentón. Mancini, volviéndose.*) Ahora vuelvo por ti.

(*Ese y Consuelo quedan solos. De la pista llegan trozos de música, gritos y carcajadas.*)

ESE.—Consuelo...

CONSUELO.—Pero, ¿estás aquí?

ESE.—¿Quién te ha enseñado esa actitud estatuaria?... Pareces la imagen de Psique.

CONSUELO.—No sé. (*Suspira y se sienta en el diván conservando la misma actitud artística.*) ¡Qué triste está todo aquí hoy! ¿Verdad? ¿No te da lástima de Sinida?

ESE.—Pero, bueno; ¿qué es lo que ha hecho con los leones?

CONSUELO.—No te lo puedo decir. Yo cerré los ojos y no volví a abrirlos. Alfredo dice que es mala; pero no tiene razón. ¡Tenía un mirar tan bueno! Y las manos tan frías como una muerta. Pero, ¿por qué hace eso? Alfredo dice que debemos tener audacia, serenidad y sentido del arte. Pero lo que ella hace está mal. ¿Verdad? ¿Qué te parece a ti?

ESE.—Sinida está enamorada de Alfredo.

CONSUELO.—¿De quién? ¿De Alfredo? ¿De mi Besano? (*Abate los hombros, herida.*) ¿Y cómo le ama? ¿Lo mismo que aman todos?

ESE.—Sí; como aman todos, y acaso más todavía.

CONSUELO.—¡Besano..., mi Besano!... ¡Es absurdo!... (*Pausa.*) ¡Qué traje tan bonito llevas! ¿Ha sido idea tuya?

ESE.—Jim me ayudó a idearlo.

CONSUELO.—Jim es muy bueno. Todos los clowns son muy buenos.

ESE.—Todos menos yo.

CONSUELO.—(*Riendo.*) ¡Tú! ¡Pero si tú eres el mejor de todos! ¡Todavía faltan dos partes del programa; ahora están en la segunda, y Besano y yo no trabajamos hasta la tercera... ¿Vas a ver mi número?

ESE.—No falto nunca. ¡Qué hermosa estás en él!

CONSUELO.—¿Hermosa como Eva?

ESE.—Eso mismo. Dime, Consuelo: ¿si el barón pidiese tu mano te casarías con él?

CONSUELO.—Claro que sí, como que es lo que estamos esperando papá y yo. Ayer me dijo papá que no tardará mucho en decidirse; yo no le quiero gran cosa, claro está; pero seré una esposa modelo; papá me pondrá un profesor de piano.

ESE.—¡Una esposa modelo! ¿Son tuyas esas palabras?

CONSUELO.—¡Claro! ¿De quién iban a ser? Me quiere tanto el pobre... Dime, Ese... ¿Qué es el amor...? Todos están siempre diciendo: el amor; el amor... Sinida, por ejemplo, la pobrecilla... ¡Ah, qué noche tan aburrida...! ¡Oye, ¿esa risa te la has pintado en la cara tú solo?

ESE.—¡Sí, Consuelito mía!

CONSUELO.—¿Y cómo os las arregláis? Una vez probé yo a pintármela, y no pude conseguirlo... ¿Por qué no hay también mujeres clowns...? ¡No dices nada...! ¡Qué tonto estás tú también esta noche...!

ESE.—No; di qué feliz... Dame tu mano, Consuelo, voy a leerte el porvenir.

CONSUELO.—¿Pero entiendes tú de eso? ¡Hay que ver qué talento tienes! Aquí está mi mano; pero no digas mentiras como hacen las gitanas. (*Ese cae ante ella de rodillas y la coge la mano, para mirar la cual ambos inclinan la cabeza hacia adelante.*) ¿Seré afortunada?

ESE.—Sí; lo serás..., pero aguarda..., esta raya...; es curioso, Consuelo, si tú supieras... (*Con aire de actor trágico que declama enfáticamente su papel.*) ¡Yo tiemblo, mis ojos se resisten a mirar este extraño signo, a descifrar este decreto del hado...! ¡Consuelo...!

CONSUELO.—¿Qué dicen las estrellas? ¿Qué lees en mi mano?

ESE.—¡Lo dicen las estrellas! ¡Su voz suena lejana y dolorida!

Sus rayos son pálidos y las sombras que forman se agitan en e espacio como fantasmas, semejando las almas de las vírgenes muer tas... ¡Su mágico influjo desciende sobre ti..., linda Consuelo estás en los umbrales de la eternidad...!

CONSUELO.—No te entiendo bien. ¿Eso quiere decir que voy a vivir mucho?

ESE.—¿No ves cómo se prolonga esta raya? ¡Es extraordinario Tú, Consuelo, has de vivir eternamente...

CONSUELO.—¡Ahora mientes como una gitana!

ESE.—También está escrito aquí, nena mía, y aquí... Piensa en lo que dicen las estrellas. Allí te llaman la vida eterna, el amor, la gloria... y aquí..., mira lo que dice Júpiter: —No has de ser para ningún mortal, ¡oh, diosa!—Y si consintieras en casarte con el barón, pobre de ti. ¡Morirías en flor, Consuelo!

CONSUELO.—(*Riendo.*) ¿Me mataría la fuerza de su pasión?

ESE.—No; morirías antes de dar lugar a eso.

CONSUELO.—¿Y qué será de mi padre? ¿No está escrito ahí (*Vuelve a reír y tararea un vals que llega de la pista.*)

ESE.—No te rías de lo que dicen las estrellas, Consuelo. Está en los umbrales de la eternidad, Consuelo. Tu destino está escrito Ni siquiera tu Alfredo, al que amas sin advertirlo tú misma, ni si quiera él te podrá salvar ya. Ni él es ya de este mundo. Es com un dios extraviado que ya no volverá nunca a encontrar el camin del paraíso. Consuelo, olvida a Besano.

CONSUELO.—No entiendo nada de cuanto me dices. ¿Qué son lo dioses? Mi profesor me lo explicó un poco; pero yo creía que tod eso era mentira. ¡Mi Besano un dios! ¡Ah, ah...!

ESE.—Olvida a Besano. ¿Sabes quién es el único que te podrí salvar? ¡Yo...!

CONSUELO.—(*Riendo.*) ¿Tú...?

ESE.—No lo tomes a broma. ¿Ves estas rayitas cortas que mon tan unas sobre otras? Pues forman una E, que quiere decir "Ese" o sea yo.

CONSUELO.—¿Ese? ¿El que recibe las bofetadas? ¿También es está escrito?

ESE.—También. Porque las estrellas lo saben todo. Mira est otro que dicen de Ese: "¡Recíbelo bien, Consuelo; Ese es un viej dios disfrazado que ha bajado a la tierra porque te ama!"

CONSUELO.—(*Riendo.*) ¡Vaya un dios más guapo!

ESE.—¡No te rías, Consuelo! A los dioses no les agrada una lind boca riendo tan fuerte. Cuando no son comprendidos se entristece y mueren. Consuelo, alegría de la vida, comprende a tu dios acéptalo. Piensa que más de un dios perdió ya la razón por un mujer.

CONSUELO.—Pero, ¿es que los dioses pueden también perder la razón?

ESE.—Claro que sí. Cuando son mitad dioses y mitad hombres, suelen perder la razón con muchísima frecuencia. Sobre todo cuando perciben de pronto su grandeza y advierten al mismo tiempo el desamparo de su soledad. Entonces se apodera de ellos un dolor sobrehumano. Es horrible cuando tal dolor viene a herir el alma de los dioses.

CONSUELO.—Pero acaba de una vez. ¿Qué quieres decir con todo eso? Te repito que no te entiendo.

ESE.—Empleo el lenguaje que te ha de despertar. Consuelo, comprende y acoge al dios que se inclina sobre tu mano y quiere vivir, gozar, embriagarse en beatitud perenne. ¡Divina Eva...!

CONSUELO.—No te comprendo. Pero, ¿qué quieres? ¡Suéltame la mano!

ESE.—(*Levantándose.*) Duerme y luego despierta, Consuelo; y al despertar recuerda aquel tiempo en que surgiste de la espuma del mar, entre las infinitas ondas azules. Acuérdate del cielo, del céfiro que sopla del oriente y de las olas furiosas que vienen a besar tus pies de mármol...

CONSUELO.—(*Cerrando los ojos.*) Siento algo así... como...; espera..., como si recordase no sé qué..., habla, habla...

ESE.—(*Inclinándose hacia Consuelo, habla bajo, pero intensamente, como si formulara un conjuro.*) ¿Ves el movimiento de las ondas? Recuerda como las sirenas dejaban oír sus cantos, acuérdate del voluptuoso afán de sus blancos cuerpos, a los que las olas daban un leve viso azul. El sol hacía vibrar sus notas. Sus rayos de oro se dilataban como las cuerdas de un arpa divina. ¿No ves las manos del dios que da luz y voz a las armonías del mundo? ¿No se eleva de los montes, en honor suyo, un azulado vapor de incienso? Acuérdate de la voz suplicante de los montes, acuérdate de la voz implorante del mar... ¡Consuelo! (*Pausa. Con tono imperioso.*) ¡Acuérdate!

CONSUELO.—(*Volviendo a abrir los ojos.*) ¡Oh, Ese! ¡Si vieras! He sentido una sensación deliciosa..., de repente lo he olvidado todo... aunque todavía recuerdo alguna cosa..., ayúdame a acordarme de ello..., no me atormentes... ¡Anda...! Oigo muchas voces... y todas cantan: ¡Consuelo! ¡Consuelo! ¿Y qué más? (*Pausa.*) ¿Y qué más...? No me atormentes... Ayúdame a recordarlo... (*Pausa. De la pista llega el rumor de un galop rapidísimo.*) Ese, es el número de Alfredo. ¿No oyes su música?

ESE.—(*Furioso.*) No hables de él. (*Se arrodilla delante de Consuelo.*) Consuelo, te amo. Eres la revelación de mi corazón; la luz de mis tinieblas... Te amo, Consuelo. (*La mira extasiado, con los ojos llenos de lágrimas. Ella le da un bofetón.*) ¿Qué ha sido eso?

CONSUELO.—Una bofetada. ¿Te has olvidado de lo que eres? (*Levantándose enojada.*) Eres el que recibe las bofetadas. ¿No te acordabas ya? ¡Vaya un dios que estás tú hecho; con esa cara que parece enteramente hecha de encargo para recibir bofetadas? ¿Te habrán echado del paraíso a fuerza de coscorrones?

ESE.—No te enfades..., que aún no he terminado de recitar mi papel.

CONSUELO.—(*Volviendose a sentar.*) ¿De modo que estás representando una farsa?

ESE.—Espera..., déjame acabar, Consuelo...

CONSUELO.—¿De modo que todo era mentira? ¿Y a qué viene esta comedia, que yo, tonta de mí, tomaba en serio?

ESE.—¡Bah! Yo soy Ese, el que recibe las bofetadas.

CONSUELO.—¿Te has enfadado conmigo por la que te he dado? No lo hice a mal hacer... ¡Es que en aquel momento me resultabas tan antipático! Ahora vuelves a ser Ese, el bufón... Sin embargo, tienes mucho talento; pero a lo mejor todo esto es porque estás borracho.

ESE.—Pégame otra vez, Consuelo.

CONSUELO.—No.

ESE.—Es que mi papel lo requiere.

CONSUELO.—(*Le roza la mejilla con la yema de los dedos y sonríe.*) Bueno; ya está.

ESE.—No me has comprendido, Consuelo. No has comprendido que tú eres la reina y yo el bufón de la corte que está enamorado de la señora. ¿No sabes que todas las reinas tienen un bufón que las ama y que por eso el bufón es la befa de todos? Ese es precisamente el que recibe las bofetadas...

CONSUELO.—No; no lo sabía.

ESE.—Pues así es. Toda reina tiene su bufón, y la belleza también lo tiene, y ni a la ciencia misma le falta. ¡Y cuántos tiene la ciencia! Su corte rebosa de bufones enamorados y ni de día ni de noche deja de oírse allí el chasquido de las bofetadas. Pero si he de decir verdad, jamás en la vida he recibido un bofetón tan delicioso como el tuyo, reinecita mía. (*Alguien aparece en el umbral y se sienten pisadas. Ese presta atención sin dejar de recitar su papel, acentuando cada vez más la mímica grotesca de su cara.*) El clown no debe tener rivales. Además, ¿quién podría resistir semejante lluvia de bofetadas y soportar el ruidoso chaparrón sin quedarse calado hasta los huesos? Te adoro, Consuelo. (*Finge llorar y sollozar.*) ¡Ten piedad del pobre bufón! (*Entra un MOZO del circo, acompañando a un señor todo vestido de negro que da muestras de gran perplejidad.*)

CONSUELO.—Viene gente; ponte serio.

ESE.—¿Quién es? ¿Quién osa penetrar en la cámara de la reina? (*Calla de pronto, y Consuelo se levanta riendo y echa a correr.*)

CONSUELO.—Me has hecho reír; adiós, Ese. Mañana tendrás carta mía.

MOZO.—Es un hombre de mucha gracia. (*Riendo.*) ¿Quería usted hablar con él? Pues ahí le tiene. Ese, que preguntan por ti.

ESE.—(*Con voz sorda.*) ¿En qué puedo servirle? (*Sale el Mozo. Ese y el Señor dan un paso hacia adelante.*)

SEÑOR.—¿Es... usted...?

ESE.—Sí; yo soy yo... ¿Y usted... es usted? (*Pausa.*)

SEÑOR.—¿Debo dar crédito a mis ojos...? ¿Usted... es...?

ESE.—(*Furioso.*) Aquí me llamo Ese; no tengo ningún otro nombre. ¿Has comprendido? Soy el que recibe las bofetadas. Tenlo presente.

SEÑOR.—¿Me tutea usted...? Yo no recuerdo...

ESE.—Aquí nos tuteamos todos... Por lo demás (*Despectivamente*), estés donde estés no mereces mejor tratamiento.

SEÑOR.—¿No me ha perdonado..., Ese? (*Pausa.*)

ESE.—¿Estás en el circo con mi mujer?

SEÑOR.—No, no; estoy solo..., ella se ha quedado... allí...

ESE.—¿No la has abandonado?

SEÑOR.—No. (*Con timidez.*) Tenemos un hijo. Cuando desapareció usted del mundo, tan misteriosa e inesperadamente, dejando aquella carta tan ofensiva...

ESE.—¿Ofensiva? ¿Y tienes todavía el valor de hablar de ofensas? ¿A qué has venido aquí? ¿Me buscabas o ha sido casualidad...?

SEÑOR.—Hace un año que le busco por todas partes y hoy, de pronto, le encuentro aquí por pura casualidad... Aquí no conozco a nadie..., había venido a ver la función. Es necesario que tengamos una explicación... Ese..., se lo ruego. (*Pausa.*)

ESE.—La sombra de que huyo. ¿Explicaciones? Pero, ¿crees que tenemos algo que decirnos? Bueno; deja tu dirección al portero del circo y ya te haré saber cuándo puedo recibirte. Ahora vete por donde has venido. (*Mirándole de arriba a abajo.*) Estoy ocupado. (*El Señor se inclina y sale. Ese permanece inmóvil, con el brazo extendido, sin devolverle el saludo, en la actitud del hombre superior que le señala la puerta a un visitante importuno.*)

TELON

La misma decoración. Por la mañana, antes del ensayo.

(*ESE pasea pensativo a grandes zancadas. Viste americana hoga da a cuadros de vivos colores, un pañuelo rojo al cuello y un especie de cazuela sobre la nuca. Lleva la cara llena de excrecencias, rasurada. Frunce la frente, aprieta los labios y muestra un expresión severa y torva. Al aparecer el SEÑOR, vuelve a ser s cara la de un clown, movible y grotesca como una máscara vivient En la puerta aparece el Señor, elegantemente vestido de negr Su semblante es demacrado y amarillento. Cuando se excita muev nerviosamente los párpados de sus ojos sin color. Al principio n advierte Ese su presencia.*)

SEÑOR.—Buenos días, caballero...

ESE.—¡Ah! ¿Pero eres tú...?

SEÑOR.—¿Me he retrasado? Pone usted una cara como si no m esperase. ¿Es que le molesto? Usted mismo me indicó esta hor y por eso me he permitido...

ESE.—Suprime frases superfluas. ¿Qué quieres? Habla pront que tengo poco tiempo.

SEÑOR.—Creía que me recibiría usted en otro sitio..., en su cas

ESE.—Mi casa es ésta..., no tengo otra...

SEÑOR.—Aquí pueden venir a distraernos...

ESE.—Peor para ti; acaba pronto... (*Pausa.*)

SEÑOR.—¿Puedo sentarme?

ESE.—Siéntate. Cuidado que esa silla está rota. (*El Señor aparta la silla asustado y busca con la vista donde sentarse. Todo le parece extraño y peligroso. Por último se fija en un canapé dorado que le inspira más confianza y se sienta. Pone a un lado la chistera y se quita lentamente los guantes, mientras Ese le observa impasible.*)

SEÑOR.—Con ese traje y esa cara me hace usted una impresión todavía más extraña. Anoche todo me pareció un sueño; hoy me parece usted...

ESE.—¿Has olvidado mi nombre? Me llamo Ese...

SEÑOR.—¿Te empeñas en tutearme?

ESE.—¡Claro! Pero no pierdas tiempo. Habla.

SEÑOR.—Es que no sé... Aquí me parece todo tan extraordinario... Estos carteles..., estos caballos... Y luego... usted mismo... un clown de circo... ¿Cómo podía yo esperar esto? Aunque todos le daban por muerto, yo fuí el único que siempre lo puse en duda... Tenía la impresión de que vivía usted; pero jamás pude imaginarme que le iba a encontrar en semejante situación...

ESE.—¿Dices que os ha nacido un hijo? ¿No se parece a mí?

SEÑOR.—No comprendo...

ESE.—¿No sabes que los hijos de las viudas y las divorciadas, incluso los del segundo marido, suelen parecerse al primero? ¿No ha resultado esto verdad en tu caso? (*Ríe.*) He oído decir que tu libro ha tenido un éxito colosal...

SEÑOR.—¿Quiere usted ofenderme de nuevo?

ESE.—¡Qué quisquilloso es este bribón! Siéntate. Tranquilízate. Aquí acostumbramos a hablar claro. ¿Por qué has venido a buscarme?

SEÑOR.—La conciencia...

ESE.—Pero si tú no tienes conciencia. Quizás haya sido que te atormentaba la idea de no haberme chupado hasta los huesos. Puede que todavía te dé dentera lo que queda del festín. Pero, ¿qué puedes quitarme ya? ¿Mi gorro de cascabeles? ¡Pero si a ti no te serviría! ¡Es demasiado grande para tu cabeza pelada! Vamos, vamos, ratón de biblioteca, vuelve a agazaparte entre tus libracos.

SEÑOR.—No puede usted perdonarme el que su mujer...

ESE.—¡Que el diablo se la lleve! (*El Señor está desconcertado. Ese ríe.*)

SEÑOR.—No sé..., ese lenguaje... en esta atmósfera... me resulta difícil encontrar las palabras...; pero si tan indiferente se muestra usted para con su mujer, que sin embargo me permito hacerle observar que le ha amado sinceramente y le ha tenido por un ser ideal... (*Ese ríe.*) ¿Qué pudo inducirle a esta resolución? ¿No ha podido usted perdonarme aquel éxito que en verdad no merecía enteramente...? ¿Quizás rebajándose de este modo quiere vengarse de mí y de todos los que no supimos comprenderle? ¿Pero es que

le daba usted tan poca importancia a la gloria...? ¿Es que ese desdén era fingido? Como rival afortunado...

ESE.—(*Ríe fuerte.*) ¿Rival? ¿Tú mi rival?

SEÑOR.—(*Palideciendo.*) Mi libro...

ESE.—¿Y te atreves a hablar de tu libro...? ¿Conmigo...? (*El Señor palidece y Ese le observa con irónica curiosidad.*)

SEÑOR.—Soy muy... muy desgraciado...

ESE.—¿Cómo...?

SEÑOR.—Usted debía perdonarme..., soy profundamente desgraciado... No hay alivio ni consuelo para mí...

ESE.—¿Por qué...? Explícate... (*Pasea por la escena.*) Sin embargo, tú mismo acabas de decir que tu libro ha tenido un éxito colosal; eres célebre y te ves colmado de honores. No hay periódico del bulevar que no estampe tu nombre y no cite frases tuyas. ¿Quién me conoció jamás a mí? ¿Quién paraba mientes en mi jerigonza enrevesada que nadie entendía? Pero tú, tú, gran plagiario, has cogido mis ideas y las has vuelto a expresar de forma que hasta los caballos las comprenden ahora. Con la habilidad del reductor, del manipulador de ideas ajenas, has hecho de mi Apolo un oficial peluquero, y de mi Venus una pelandusca vulgar; a mis espléndidos héroes los has puesto orejas de burro, y como diría mi amigo Jackson, has hecho carrera. Y dondequiera que vuelvo los ojos diviso mil muecas de burla, en las cuales reconozco los perfiles de mis propios hijos. ¡Qué horrible debe ser tu hijo si se parece a ti! Pero di: ¿por qué eres tan desgraciado? (*El Señor deja caer la cabeza.*) ¿No te ha descubierto aún la policía? ¡Pero qué policía? Tú caminas siempre al margen del Código penal, y ahora mismo no tienes otro pensamiento que el de no poderte casar con mi mujer. En todas tus picardías quieres tener al notario al alcance de la mano. Pero no pases pena, hombre; anda y cásate con ella. Yo me he muerto. ¿O es que no te basta con mi mujer? Pues carga también con mi gloria; tuya es. Coge mis ideas..., arrógate todos mis derechos como mi legítimo heredero..., yo me he muerto... (*Pone una cara estúpida y bonachona.*) Y al morir, te he perdonado. (*Rompe a reír a carcajadas. El Señor le mira fijamente.*)

SEÑOR.—¿Y mi dignidad?

ESE.—¡Pero cómo! ¿También tienes dignidad? (*El Señor se yergue y hace señas de que sí con la cabeza.*) ¡Mira, pues, que Dios te la conserve! Cuando pienso que alguna vez te quise bien y hasta llegué a creer en tu talento... ¡Tú, mi sombra huera!

SEÑOR.—(*Asintiendo.*) ¡Su sombra soy...! (*Ese da vueltas por la escena y mira al Señor sonriendo.*)

ESE.—¡Eres gracioso de veras! ¡Qué hermosa comedia! ¡Qué

patética farsa! Dime, dime francamente, si es que puedes: ¿me odias mucho?

SEÑOR.—¡Con toda mi alma! ¡Todo lo que es posible odiar! ¡Pero, siéntese usted, siéntese usted!

ESE.—¿Me lo mandas?

SEÑOR.—Siéntese usted. Gracias. (*Inclinándose hacia adelante.*) Soy célebre, estoy colmado de honores, ¿no es cierto? Tengo mujer e hijo, ¿verdad? (*Ese ríe.*) Pero mi mujer le ama a usted; nuestro tema favorito es el talento de usted; y para ella es usted un genio. Hasta cuando nos acostamos piensa en usted..., chist..., chist..., ahora soy yo quien debe hablar...; mi hijo se parecerá a usted, de seguro. Y cuando yo, para aislarme de cuanto no soy Yo, me siento en mi escritorio, junto al tintero y los libros, hasta allí me encuentro con usted. Siempre usted, en todas partes, sólo usted y nunca Yo solo, sin ningún otro. Y cuando por las noches, ¿me comprende usted?, me refugio en la soledad de mis pensamientos y me pongo a reflexionar en las largas horas de insomnio..., incluso allí... en mi cerebro, en mi pobre cerebro, encuentro la imagen de usted, su odiada y maldita imagen. (*Pausa.*)

ESE.—(*Murmurando para sí.*) (¡Qué comedia tan ridícula! ¡El mundo al revés! El robado pasando por el ladrón, y el ladrón quejándose del robo y maldiciendo al que despojó.) (*Ríe.*) Mira, tú no eres mi sombra. Me equivoqué. Eres la muchedumbre. Vives de mí, y me odias. Respiras por mí, y te ahogas de rabia, de odio y desprecio a mi persona. Te arrastras como la cola de un cometa tras de mis ideas, pero con lo de atrás hacia adelante y lo de delante hacia atrás. (*Ríe y vuelve a dar vueltas por la escena.*) Dime: ¿no respirarías a tus anchas si yo me muriese de veras?

SEÑOR.—Es posible. La muerte crea distancias y difumina los recuerdos. La muerte... reconcilia... Pero no me parece que usted..., tan pronto...

ESE.—Si... la muerte..., naturalmente...

SEÑOR.—Siéntese usted.

ESE.—Obedezco. De suerte...

SEÑOR.—No está bien que sea yo quien le ruegue que se muera... (*Tuerce la boca.*) Pero quizás pudiera usted prometerme no volver más por allí... No se ría... ¿Quiere usted que le bese la mano? Pero, por favor, no haga esos gestos... Besaría su mano su supiese que pronto... había de estar fría...

ESE.—(*Bajo.*) Fuera de aquí; bichejo repugnante. (*Entran TILLY y POLLY, a saltitos como en el primer acto, tocando sus pitos, y miran un instante a los dos adversarios.*) ¡Jaime!

TILLY.—¿Cómo estás, Ese? Hay que ensayar continuamente, ¿sabes? Jaime no tiene oído.

ESE.—(*Presentando.*) Un amigo mío... ¿Estáis ensayando para la

noche del beneficio? (*Los dos clowns han saludado al Señor y ponen cara de estúpidos.*)

POLLY.—Sí; ¿y tú qué preparas? Consuelo nos ha dicho que estás preparando una sorpresa para la noche de su beneficio. Y a propósito, ¿sabes que nos va a dejar muy pronto?

ESE.—¿De veras?

TILLY.—Nos lo ha dicho Sinida. ¿Crees que no siendo así la hubieran dado el beneficio? ¡Qué simpática es Consuelo!

POLLY.—(*Volviendo a empezar.*) Bueno, en marcha; y no eches el paso como un elefante. Eres una hormiguita. (*Vuelven los dos a tocar sus pitos.*)

SEÑOR.—¿Son sus nuevos compañeros? ¡Qué raros son!

ESE.—Aquí todo es raro.

SEÑOR.—Su traje también lo es..., lo negro le sienta bien...; éste, en cambio, deslumbra los ojos.

ESE.—Bueno; ya han empezado los ensayos y debes irte; aquí estorbas.

SEÑOR.—Pero aun no ha contestado usted a mi pregunta. (*Llegan los acordes del tango tocado por la orquesta en la pista.*)

ESE.—(*Escuchando la música, distraído.*) ¿Qué pregunta?

SEÑOR.—Le rogué me dijese si pensaba volver por allá...

ESE.—(*Escuchando la música.*) No; nunca, nunca.

SEÑOR.—(*Levantándose.*) Gracias, me voy.

ESE.—Nunca, nunca. Sí; vete, y no vuelvas tampoco. Allá todavía resultas tolerable y podías servir de algo; pero aquí estás demás.

SEÑOR.—¿Y si le sucediera a usted algo? Usted es un hombre saludable..., pero... ¿cómo haría para enterarme entre esta gente..., entre esta barahúnda? ¿Conocen aquí su nombre?

ESE.—No; no conocen aquí mi nombre, pero de todos modos lo sabrás. ¿Qué más quieres?

SEÑOR.—¿De modo que puedo estar tranquilo? ¿Me da usted su palabra de honor? Claro que..., tranquilo... relativamente...

ESE.—Sí; puedes estar relativamente tranquilo..., nunca más. (*Se dirige hacia la puerta. El Señor se detiene.*)

SEÑOR.—¿Y puedo... venir al circo?... ¿Me lo permite usted?

ESE.—¡Claro! Puedes venir como público que paga. (*Ríe.*) Ahora, billetes de favor, desde luego te digo que no cuentes con ellos. Y ¿por qué has de venir? ¿Es que tienes afición a cierto género de espectáculos?

SEÑOR.—Quisiera verle a usted... y acaso llegar a comprenderle... ¡Un cambio semejante! Conociéndole como le conozco no puedo menos de pensar que persigue usted aquí alguna idea... Pero, ¿cuál?... (*Le mira con ojos de miope. Ese le hace la higa.*) ¿Qué es eso?

ESE.—Mi idea. Tengo el honor de saludaros, príncipe; mis respetos a vuestra serenísima señora consorte y a vuestro serenísimo hijo.

(*Entra MANCINI.*)

MANCINI.—¡Pero tú te pasas la vida aquí! Venga a la hora que venga, siempre te encuentro... ¡Es un fanático de su profesión, caballero!

ESE.—(*Presentando.*) El príncipe Poniatovski. El conde Mancini.

MANCINI.—(*Arreglándose la ropa.*) Mucho gusto. ¿De modo que también conoce usted a mi extraño amigo? ¡Tiene una máscara magnífica! ¿Verdad? (*Con aire de protector.*)

SEÑOR.—(*Perplejo.*) Sí..., he tenido el gusto..., sí..., señor conde, tengo el honor...

ESE.—(*Acompañándole.*) Cuidado, alteza. En ese corredor oscuro hay unos escalones. Siento no poderle acompañar hasta la calle.

SEÑOR.—(*Bajo a Ese.*) ¿No quiere usted darme la mano? Nos separamos para siempre...

ESE.—Me parece completamente superfluo, príncipe. Espero que nos encontremos todavía allá en el cielo. ¿Estaréis allí también?

SEÑOR.—(*Contrariado.*) ¿Desde cuándo se dedica usted al arte del circo? Tiene usted todo el tipo de un clown.

ESE.—Yo soy el que recibe las bofetadas. Hasta la vista, príncipe.

SEÑOR.—(*Mirándole a los ojos.*) ¿No ha perdido usted el juicio?

ESE.—(*En voz baja.*) Temo que hayáis acertado, príncipe. (*Más bajo aún.*) ¡Animal! ¡Nunca has estado más agudo! He perdido la razón. (*Haciendo ademán de declamar.*) ¡La he perdido! ¡La he perdido! ¡Hasta la vista, príncipe! (*Sale el Señor. Ese retrocede y se coloca en posición de bailar.*) ¡Mancini, bailemos el tango! ¡Mancini, yo te adoro!

MANCINI.—(*Retrepándose en la silla y jugando el bastón.*) Bueno, no pierdas la brújula. Cualquiera diría que escondes un secreto; te advierto que es lo que siempre he creído en ti. Tú vienes de las clases más altas. Estando junto a ti se siente cierto alivio. ¿Qué príncipe es ese que me has presentado? ¿Es un príncipe auténtico?

ESE.—Auténtico. Tan auténtico como tú.

MANCINI.—Es simpático. Aunque, así, al pronto, me pareció un empleado de pompas fúnebres. ¡Cuándo podré despedirme para siempre de estos sucios paredones, de papá Briquet, de estos carteles y de los jockeys ignorantes!...

ESE.—Por ahora todavía es pronto.

MANCINI.—Sí; demasiado pronto, por desgracia. Me siento verdaderamente decaído en este ambiente. Me hago a mí mismo el efecto de un caballo. Tú eres hombre culto, pero no entiendes nada de la vida de sociedad, ni sabes vestir con elegancia, ni pasar por

los salones derramando ingenio, ni hacer algunas paraditas en torno a una mesa de juego (*Riendo*) sin tener necesidad de ayudar a la suerte con alguna estratagema...

ESE.—Y por la noche darte una vueltecita por los barrios bajos, donde te toman por un padre modelo, amante de los niños..., y allí...

MANCINI.—Y allí dedicarte a la caza. (*Ríe.*) Me pondré una máscara de seda y haré que me escolten dos lacayos para que el vulgo no me moleste... ¡La sangre de mis antepasados bulle todavía en mis venas! ¿Ves este estoque? ¿Qué te parece? ¿Crees que todavía no se ha manchado de sangre?...

ESE.—Conde, me das miedo. (*El conde ríe y vuelve a meter el estoque en el bastón.*) ¿Y cómo va el asunto de la menor?...

MANCINI.—¡Chist! ¡Chist!... La chica está contentísima y bendice el santo de mi nombre. (*Ríe.*) El fausto de mi estirpe refulge de un modo inesperado. Y a propósito. ¿Podrías indicarme la mejor casa de automóviles? Te advierto que el precio es lo de menos. (*Ríe.*) ¡Hola, papá Briquet! (*Entra BRIQUET. Se saludan.*)

BRIQUET.—¡Te saliste con la tuya! Consuelo tendrá su beneficio. Pero te advierto que si no hubiera mediado Sinida...

MANCINI.—¡Mira que eres, Briquet! ¿Quieres decirme de qué te quejas? ¿No te das por satisfecho con que el barón compre todas las sillas de pista para el beneficio de Consuelo?

BRIQUET.—Mira, Mancini. Yo quiero mucho a tu hija y siento de veras que se vaya de aquí. ¿Qué la falta con nosotros? Aquí se gana el pan honradamente, tiene compañeros que la estiman; en una palabra, todo cuanto pudiera desear...

MANCINI.—A ella puede que no la falte nada; pero a mí me falta todo. ¿Comprendes? (*Ríe.*) Te supliqué que la aumentases el sueldo; y ahora, como su director que eres, te hago esta preguntita: ¿tienes cambio de un billete de mil francos?...

BRIQUET.—(*Suspirando.*) ¡Trae acá, hombre!

MANCINI.—Mañana..., me lo he dejado en casa. (*Ríen los tres.*) ¡Eso es, hombre, ríete! Pero has de saber una cosa: que hoy nos vamos con el barón a su villa..., que debe ser una cosa hermosísima...

ESE.—¿Y qué vais a hacer allí?...

MANCINI.—Ya sabes lo caprichosos que son estos millonarios. Quiere enseñarle a Consuelo unas rosas de estufa y a mí la bodega. Ha quedado en venir a recogernos aquí. ¿Qué hay, nena? (*Entra CONSUELO casi llorando.*)

CONSUELO.—No puedo hacerlo, díselo tú, papá. ¿Con qué derecho se pone así de furioso conmigo? Casi me ha pegado con la fusta.

MANCINI.—Briquet, le ruego a usted que en su calidad de director..., ¿qué modales de cochero son esos? ¡Pegarle a mi hija con

la fusta! ¡Ya le daré yo a ese jockey..., a ese don nadie..., la lección que se merece!...

CONSUELO.—¡Papá!

MANCINI.—¡Déjame, que me va a oír!... ¡No faltaba más!

CONSUELO.—Pero, papá..., si Alfredo no me ha pegado..., no me has entendido... Pero después de todo..., ¿qué va a hacer?... Lo ha sentido mucho...

MANCINI.—Pues a mí me va a oír.

CONSUELO.—Papá, te lo ruego..., no le digas nada..., te aseguro que no me ha hecho nada...

MANCINI.—(*Aun furioso.*) ¡Tiene que presentarte sus excusas ese grosero!...

CONSUELO.—Pero si ya me las ha presentado. ¡Qué tonto eres! Hoy no me salía bien el ensayo y eso me puso de muy malhumor. El pobrecillo me dió la mar de excusas y yo me empeñé en no perdonarle. Buenos días, Ese; no te había visto, hombre. ¡Qué bien te sienta ese pañolito al cuello! ¿Dónde vas, papá Briquet? ¿Vas a buscar a Alfredo?...

BRIQUET.—No; me voy a casa. Sinida me dió recuerdos para ti. Hoy no podrá tampoco trabajar. (*Sale.*)

CONSUELO.—¡Qué buena y qué guapa es Sinida! ¿Por qué los querré tanto a todos ahora, papá? ¿Será porque voy a dejarlos? (*A Ese.*) ¿Has oído ya la marcha que Tilly y Polly van a tocar en mi beneficio? (*Ríe.*) ¡Es más alegre!...

ESE.—Sí, la he oído, Consuelo. Seguramente que tu beneficio será algo extraordinario...

CONSUELO.—Eso creo yo. Papá, comería algo de buena gana. Di que me traigan un par de bollitos.

ESE.—Yo mismo iré por ellos, mi reina.

CONSUELO.—Eso es; tráemelos. (*Gritando.*) ¡Pero que sean tiernos! (*Quedan solos Mancini y Consuelo. Mancini la observa con ojos de crítico.*)

MANCINI.—No sé qué te encuentro hoy... ¿Estás más guapa o más fea?... ¿Has llorado?

CONSUELO.—Un poquito... ¡Qué hambre tengo!

MANCINI.—¿No te has desayunado?

CONSUELO.—No, papá. Te olvidaste, como otras veces, de dejarme el dinero, y sin dinero...

MANCINI.—¡Qué distraído soy! En compensación comeremos más a mediodía... No te atraques ahora, ¿eh?... Hoy te encuentro más bonita. Debes llorar a menudo, hija mía. Eso te quita algo de tu aire ingenuo y te hace parecer más mujer.

CONSUELO.—¿Pero tan ingenua soy?

MANCINI.—Demasiado ingenua; y eso me gusta en las otras; pero en tí..., además, que está el barón de por medio...

CONSUELO.—Pero si yo no soy ingenua. Lo que pasa es que Besano me ha armado tal gritería que tú mismo hubieras soltado el trapo a llorar... ¡Ni el diablo sabe lo que quiere!...

MANCINI.—No digas nunca eso de "el diablo sabe", no es correcto.

CONSUELO.—Lo digo únicamente cuando estamos los dos solos.

MANCINI.—Pues no lo debes decir ni cuando estemos los dos solos.

(*Viene de la pista el eco de un galop, mezclado con gritos de estímulo y fustazos.*)

CONSUELO.—¿Oyes, papá? Ese es el nuevo número de Alfredo. Da en él un salto muy atrevido. Jim dice que se va a romper la cabeza. ¡Pobrecillo!

MANCINI.—(*Indiferente.*) Siempre tienen que romperse algo; hoy la cabeza, mañana una pierna, pasado la espina dorsal. (*Ríe.*) Son juguetes frágiles...

CONSUELO.—(*Escuchando la música.*) ¡Como voy a aburrirme sin música! El barón me ha prometido mandar construir una pista para mí sola donde poder divertirme cuando quiera; ¿no será una trola, papá?

MANCINI.—¿Una pista? (*Ríe.*) No, no será trola. Pero fíjate, Consuelito, que tratándose de un barón se dice embuste y no trola...

CONSUELO.—En el fondo es lo mismo. ¡Qué gusto dará ser rico! ¿Verdad, papá? ¡Puede uno permitirse todos los caprichos!...

MANCINI.—¡Sí, hija mía! ¡Todos, todos! Hoy se decide nuestra suerte. Ruega a Dios, Consuelo. El barón está pendiente de un hilo.

CONSUELO.—(*Indiferente.*) ¿Sí?

MANCINI.—De un imperceptible hilo de seda. Estoy seguro de que hoy va a hacerte una proposición. (*Ríe.*) Quiere enseñarte sus rosas de invernadero y entre las rosas está escondida la tela de araña para coger prisionera a mi mosquita... La araña, naturalmente, es él.

CONSUELO.—(*Indiferente.*) Es una verdadera araña gigante. Pero todavía no me dejo besar la mano, ¿verdad, papá?

MANCINI.—De ningún modo, hija mía. Tú no conoces a los hombres.

CONSUELO.—Alfredo no me besa nunca la mano.

MANCINI.—¡Alfredo! Tu Alfredo es un muchachote estúpido que no se atreve a nada. Pero con los hombres de verdad debes ser muy reservada. Hoy te besan la mano, mañana la muñeca y pasado... te sientan en sus rodillas.

CONSUELO.—Pero, papá, ¿no te da vergüenza hablar así?

MANCINI.—Es que los conozco muy bien.

CONSUELO.—Si el barón se atreve a hacerlo le daré una bofetada que de fijo no le quedan ganas de volver por otra.

MANCINI.—Todos los hombres son los mismo.

CONSUELO.—Eso, no; Alfredo no es así... Pero, ¿dónde habrá ido Ese por los bollitos? ¡Y decía que volvía en seguida!

MANCINI.—Es que está cerrada la cantina y habrá tenido que ir a buscarlos a otra parte... Quisiera, hija mía, ponerte en guardia contra ese clown. No te fíes de él, Consuelo; mira que yo soy tu padre y te lo digo; hay algo en él que no rige... (*Se lleva un dedo a la frente.*) Su proceder es algo turbio.

CONSUELO.—Tú dices lo mismo de todos. Ese es muy bueno y me quiere mucho. Le conozco a fondo.

MANCINI.—Creeme, hijita. Hay algo en él que no funciona como es debido.

CONSUELO.—¡Ay, papá! ¡Siempre estás igual!... ¡Ah, aquí llega Ese! ¡Gracias, hombre, gracias!...

ESE.—(*Llega un poco jadeante y le presenta los bollitos.*) Aquí tienes, Consuelo.

CONSUELO.—Aun están calentitos. ¿Has corrido mucho? Gracias, muchas gracias. Dime, ¿me quieres mucho?

ESE.—Claro que te quiero. Más aún; te adoro. Tú eres mi reinecita y yo soy el bufón de tu corte.

CONSUELO.—(*Comiendo.*) Pero cuando yo me vaya tú te buscarás otra reina; ¿verdad, picarón?

ESE.—Yo me iré contigo, mi reina. Te llevaré la cola del traje y me enjugaré con ella las lágrimas. (*Finge llorar.*)

MANCINI.—(*Ríe.*) Lástima que hayan pasado aquellos tiempos en que docenas de bufones alegraban con sus muecas y sus gritos el castillo de los Mancini. Hoy para ver un bufón pasable tiene que resignarse el conde Mancini a entrar en un circo, donde no ve a su bufón, si no al del primer burgués que paga su entrada. A fuerza de democratizarlo todo acabaremos por no poder respirar. Hasta la democracia quiere bufones.

ESE.—Nosotros servimos a quien nos paga. ¿Qué otra cosa podemos hacer, conde?

MANCINI.—Es verdad; pero, ¿no es eso tristísimo? Figúrate si estuviésemos en mi castillo, yo junto a la chimenea y mi buen vino delante; tú sentado a mis pies, diciéndome mil necedades para distraerme. Hasta que, aburrido y deseando otras cosas, fuera yo y te diera un puntapié... ¡Qué bonito! ¿Verdad?...

ESE.—¡Precioso!

MANCINI.—Y tú, en compensación, te ganarías tus buenos ducados de oro. Como vuelva a verme rico te llevo conmigo, ¡palabra de honor!

CONSUELO.—Sí, papá, sí; le llevamos con nosotros...

ESE.—Y cuando el conde, harto de mi charla, me dé un puntapié, me echaré a los pies de mi reina y...

CONSUELO.—(*Riendo.*) Esperarás con toda paciencia el segundo...

¡Ya me lo comí todo! Dame tu pañuelo, papá, para limpiarme las manos. Debes tener otro en el otro bolsillo. Y ahora me vuelvo al ensayo.

MANCINI.—(*Preocupado.*) No olvides, Consuelo...

CONSUELO.—No; hoy no se me olvida. Puedes estar seguro...

MANCINI.—Ya es hora de marcharme. Me encargó que fuera a recogerle en cuanto estuvieses lista. Mientras vuelvo... debes cambiarte de traje... (*Ríe.*) Hasta la vista, señores. (*Sale jugando el bastón. Consuelo se sienta en el diván envuelta en su chal.*)

CONSUELO.—Ahora échate a mis pies, mi querido bufón, y cuéntame algo que sea muy divertido... Mira, cuando te ríes, pareces más guapo; y eres tan simpático, tan simpático... ¿Por qué no me haces caso?

ESE.—Consuelo, ¿te vas a casar con el barón?

CONSUELO.—(*Indiferente.*) Así parece. El barón está pendiente de una hebra de seda. En el paquete queda todavía un bollito. Cómetelo, Ese, ¡anda!

ESE.—Gracias, reina. (*Comiendo.*) ¿Te acuerdas de mi profecía?

CONSUELO.—¿Qué profecía? ¡Huy, con qué hambre te lo comes! ¿Está bueno?

ESE.—Acuérdate que te estuve explicando lo que decían las estrellas.

CONSUELO.—¡Ah, sí!... Ya me acuerdo... Pero hablabas en broma.

ESE.—¿En broma? ¡Quién sabe, mi reina! A veces se empieza en broma y la cosa de pronto se pone seria. Las estrellas no hablan porque sí. ¡Muchas vcees nos cuesta trabajo a las criaturas abrir la boca, con que calcula lo que les pasará a las estrellas! Piensa en eso...

CONSUELO.—¡Ya! ¡Habrá que ver la boca que tendrán las estrellas!

ESE.—Mira, Consuelito, yo quisiera que fueras con tiento. ¿Y si te fueras a morir de repente? No te cases con el barón, preciosa.

CONSUELO.—(*Pensativa.*) ¿Y qué es la muerte?

ESE.—No lo sé, mi reina. Nadie lo sabe. Es una cosa así como el amor. Se te enfriarán las manos, se te cerrarán los ojos..., te irás de aquí... y la música seguirá tocando sin necesidad de ti, y el intrépido Besano seguirá cabalgando en su corcel sin echarte de menos, y Tilly y Polly continuarán tocando: Tilly—tolly—pilly—polly...

CONSUELO.—(*Pausa. Ese mira a Consuelo.*) No hables así. Con lo triste que estoy ya... Polly—polly—tilly—tilly...

ESE.—¿Has llorado, Consuelo?

CONSUELO.—Un poquito. Alfredo se enfadó conmigo. Dime: ¿Tengo la culpa yo si alguna vez no me sale bien el ensayo? Yo puse todo lo que pude de mi parte y, sin embargo, no salía.

ESE.—¿Por qué?

CONSUELO.—Pues no puedo decírtela.. Debe ser por algo de aquí. (*Señalando el corazón.*) Debo estar enferma. ¿Qué quiere decir eso de enfermedad? ¿Hace daño?

ESE.—No es que estés enferma; es que estás bajo el influjo de los astros, Consuelo. Es la voz de tu destino que te habla, mi reina.

CONSUELO.—No digas tonterías. ¿Qué tengo que ver yo con las estrellas, tan pequeñita como soy? En vez de eso cuéntame algo, una fábula, un lindo cuento, con mucho cielo azul y dioses siempre bellos. Dime: ¿han muerto todos los dioses?

ESE.—No; viven todavía. Sólo que se esconden, mi reina.

CONSUELO.—¿En dónde? ¿En los bosques y los montes? ¿Y se pueden encontrar? Figúrate si me encontrase yo con un dios. Echaría a correr. (*Ríe.*) Esta mañana me quedé sin desayunar y me entró una tristeza, una tristeza... Pero luego pensé: si de pronto se me apareciese un dios y me trajese de comer. Y apenas había pensado esto cuando de pronto, palabra de honor, oí una voz que me llamaba: ¡Consuelo! (*Con enfado.*) No te rías...

ESE.—Pero, ¿me río acaso?

CONSUELO.—Te doy mi palabra de que es verdad lo que te he dicho. Pero, mira, quien quiera que fuese no se dejó ver de mí. Me llamó y se escondió; parecía como si dijese: Búscame. Después me entró un gran dolor que todavía no se me ha quitado. ¿Por qué me has recordado mi infancia? Hacía mucho tiempo que la tenía olvidada. Allí había mar... y otra cosa...; muchas más cosas, muchas más. (*Se tapa los ojos y sonríe.*)

ESE.—Sigue hablando, Consuelo.

CONSUELO.—(*Abriendo los ojos.*) No. Ya se me ha olvidado todo. (*Mira alrededor.*) Mira el cartel de mi beneficio. Ha sido idea de papá y le ha gustado mucho al barón; le hizo gracia. (*Pausa.*)

ESE.—(*Bajo.*) Consuelo, reinecita mía, no vayas hoy a casa del barón.

CONSUELO.—¿Por qué? (*Pausa breve.*) Eres muy atrevido...

ESE.—(*En voz baja.*) No quiero que vayas.

CONSUELO.—(*Levantándose.*) ¿Que no quieres?

ESE.—No quiero que te cases con el barón. (*Suplicante.*) No... lo permitiré... No te cases con él, te lo suplico...

CONSUELO.—¿Y con quién voy a casarme? ¿Contigo, bufón?... ¡Tú no tienes bien la cabeza! ¡Vamos! (*Burlándose.*) ¡Que Ese no lo permitirá!... ¡Que no dará su permiso! ¡Es inaudito! ¿Qué hay de común entre nosotros? (*Da unas vueltas por la escena mirándole por encima del hombro y con el ceño fruncido.*) El primer bufón que una se echa a la cara; un clown que mañana puede levantar el campo... ¿Es que no tengo bastante con aguantar tus estú-

pidas fábulas, o es que tienes ganas de que de veras te sopapeen? ¡Un majadero como tú no podía apetecer más que bofetadas!...

ESE.—Perdóname, reinecita. (*Sin alzar los ojos.*)

CONSUELO.—¡Le hace feliz que la gente se ría de él y pretende ser un dios! No; no te perdono. Te conozco ya. Tienes un tornillo aquí (*Señalando a la frente*) que no funciona. Primero ríe y desvaría y recita su papel, hala que hala, sin cansarse nunca; y luego de repente se pone serio y empieza a dar órdenes... Pero lo que es conmigo te equivocas; no te salen bien las cuentas, amiguito. ¡Lo único que puedo concederte es que me lleves la cola del traje! ¡Ese es tu papel, bufón!

ESE.—Sí; yo te llevaré la cola del traje, mi reina. Perdóname. Déjame ver de nuevo a mi bella, a mi divina y clemente reinecita.

CONSUELO.—(*Tranquilizándose.*) ¿Estás recitando otra vez?

ESE.—Sí..., recitando.

CONSUELO.—¿Lo ves? (*Se sienta de nuevo y ríe.*) ¡Qué tonto y qué simpático eres!

ESE.—Si tú supieras todo lo que yo veo, mi reina. Veo que eres muy bella y que tu pobre bufón se retuerce a tus pies...; veo cómo allá en lo hondo, no sé dónde, en un abismo tintinean sus cascabeles... Te implora de rodillas; perdónale, divina, ten piedad de él. Ha estado impertinente y soberbio y se abandonó al recitar su papel, hasta el punto de olvidarse de todo, de perder la última vislumbre de inteligencia que había cuidadosamente reservado. Perdónale.

CONSUELO.—Por esta vez te perdono. (*Ríe.*) Y ahora, ¿me permites que me case con el barón?

ESE.—(*Riendo.*) ¿Qué te cases con el barón? ¡No! No te lo permito. Pero, ¿qué la importa a la reina el permiso de su bufón enamorado?

CONSUELO.—Levántate, que ya te he perdonado. ¿Y sabes por qué? Tú te creerás que por lo que me suplicaste. Pues no ha sido por eso, picarón, si no por los bollitos que me trajiste... Has sido tan bueno, tan cariñoso conmigo y venías tan desalado cuando me los trajiste... Mañana también podrás sentarte a mis pies...

ESE.—Sí, Consuelo; convenido. Hoy he perdido todos mis cascabeles y estoy...

(*Entra BESANO que queda asombrado.*)

CONSUELO.—Alfredo, ¿vienes a buscarme?

BESANO.—Sí. ¿Quieres ensayar un poco más?

CONSUELO.—Claro que sí; hasta que tú digas. Pensaba que estabas enfadado conmigo. Ya no volveré a hacerlo mal, Alfredo.

BESANO.—No lo hiciste mal. No me guardes rencor porque te reprenda..., es que... cuando tengo que enseñar a alguien...

CONSUELO.—Pero si es muy natural..., demasiado bueno eres... Qué gusto puede dar enseñar a una torpe como yo? Anda, vamos.

BESANO.—Ven. ¡Hola, Ese! Es la primera vez que nos vemos hoy. Buenos días.

ESE.—Buenos días, Besano. Un momento, un momento...; estate quieto..., así...

(*Consuelo y Besano permanecen inmóviles, el uno junto al otro; el jockey, serio; Consuelo, riendo ruborizada.*)

BESANO.—Pero, ¿qué ideas tan raras te dan de pronto, Ese?

CONSUELO.—Adán y Eva. Qué tonto eres, pero el colmo de lo tonto. (*Echando a correr.*) Voy a cambiarme los zapatos, Alfredo...

ESE.—¿Y si viene tu papá con el barón? Mira que puede llegar de un momento a otro...

CONSUELO.—Pues que se esperen. No me corre tanta prisa verlos. (*Sale ligera y Besano la sigue, tras un instante de vacilación.*)

ESE.—Quédate un momento. Besano, siéntate.

BESANO.—¿Para qué? No tengo tiempo.

ESE.—Como quieras... Besano, ¿tú la quieres? (*Pausa.*)

BESANO.—No le permito a nadie que se mezcle en mis asuntos. Eres demasiado enredador. No te conozco; has venido aquí del arroyo. ¿Cómo quieres que tenga contigo tales confianzas?

ESE.—Pero, ¿y al barón, le conoces? Mira, me resulta penoso y difícil el hablar; pero de todos modos te lo quiero decir. Consuelo te ama. Sálvala de las garras de esa araña, o si no creeré que eres ciego y no has visto las redes que le han tendido. Cógela y llévatela lejos, aunque ella no quiera; emplea la fuerza; si es preciso mátala y llévatela contigo al paraíso o al infierno; pero evita a todo trance que caiga en las manos de ese tipo, que no sólo peca contra el amor, sino que lo arrastra vergonzosamente por el fango. Si sientes miedo, si no tienes valor para ponerla a ella la mano encima, mata al barón. ¡Mátalo!

BESANO.—(*Sonriendo.*) ¿Y quién matará a los otros que vendrán tras de él?

ESE.—Ella te ama.

BESANO.—¿Te lo ha confesado ella misma?

ESE.—Eres un dios..., un dios, amigo mío. ¿Por qué no quieres creerme? Porque—como tú dices—vengo del arroyo. ¿No te gusta eso? Mírame a los ojos, convéncete. ¿Son los míos ojos que mienten? Son feos, sí; mis muecas mueven a risa a todo el mundo, y todos se ríen de mí...; pero, a pesar de todo eso, ¿no adivinas en mí al dios? ¿A un dios como tú? Mírame, mírame a los ojos... (*Besano ríe fuerte.*) ¿Por qué te ríes... inocente...?

BESANO.—Has puesto la misma cara que pones en la pista, ¿te acuerdas? Cuando haces el papel del grande hombre y preguntas si la Academia te ha mandado llamar... El que recibe las bofetadas.

ESE.—(*Riendo.*) Sí; lo mismo que entonces, Besano. Así, exactamente así debe ser. (*Recita con doloroso esfuerzo, poniéndose en plan de clown.*) Parece que la Academia me manda llamar.

BESANO.—(*Con tristeza.*) No me hace gracia tu juego. Pon la cara que quieras, pero déjame en paz. (*Va hacia la salida.*)

ESE.—¡Besano!

BESANO.—Y que no te oiga hablar más de Consuelo. Que no te oiga más decir que yo soy un dios. Te prohibo que te tomes esas libertades, de las que estoy ya más que harto, ¿entiendes? (*Da rabiosamente con la fusta en sus botas y sale. Ese queda solo en escena. Colérico, la cara descompuesta, hace ademán de seguir al jockey; luego se contiene y echa la cabeza hacia atrás riendo sordamente. Así le sorprenden el BARON y MANCINI.*)

MANCINI.—(*Riendo.*) ¡Qué buen humor tienes siempre! (*Ese lanza una carcajada.*) ¡Vamos, acaba ya, que vas a reventar de risa!

ESE.—¡Bien venido, señor barón; vuestro humilde siervo, señor conde... Encontráis al clown absorto en su trabajo... Se podría decir que abismado en sus cotidianos desvaríos, señor barón...

MANCINI.—¡Chist! ¡Chist! ¡Tú has nacido para el gran mundo! Ya le diré a papá Briquet que te conceda un beneficio. ¿Te parece bien?

ESE.—Hágame ese favor, señor conde.

MANCINI.—Te ruego que no exageres. Exprésate con sencillez. (*Ríe.*) Dime: ¿si todas las noches te hierven las bofetadas en los carrillos como los golpes de un gong, cuántas no te van a llover la noche de tu beneficio? Es una profesión extraña la tuya, ¿verdad, barón?

BARON.—Muy extraña. Pero, ¿dónde está la condesa?

MANCINI.—Voy a buscarla. Está entusiasmadísima con su beneficio y con su trabajo. A dar saltos por el aire le llaman aquí trabajar.

BARON.—Esperaré. (*Se sienta con el sombrero encasquetado.*)

MANCINI.—No tendrá que esperar mucho. Voy a buscarla. (*A Ese.*) Entretén mientras a nuestro egregio huésped... No se aburrirá usted en su compañía, barón. (*Sale. Ese empieza a dar vueltas, observando al barón y sonriéndole cada vez que pasa ante él. El barón está sentado, con las piernas abiertas, la barba apoyada en el puño del bastón y el sombrero encasquetado. Es la calma en persona.*)

ESE.—¿Cómo quiere que le entretenga, barón?

BARON.—De ningún modo. No me gustan los clowns.

ESE.—Lo mismo que me pasa á mí con los barones. (*Pausa. Ese se pone en la cabeza una cacerola para que haga las veces de sombrero, coge con amplio gesto una silla y arrastrándola la coloca ante el barón; luego se sienta en ella a horcajadas, adopta la*

misma actitud que éste y se le queda mirando fijamente a los ojos. Pausa.) ¿Puede estar usted callado mucho tiempo?

BARON.—Yo, sí. (*Pausa. Ese golpea el pavimento con el pie.*)

ESE.—¿Puede usted esperar mucho tiempo?

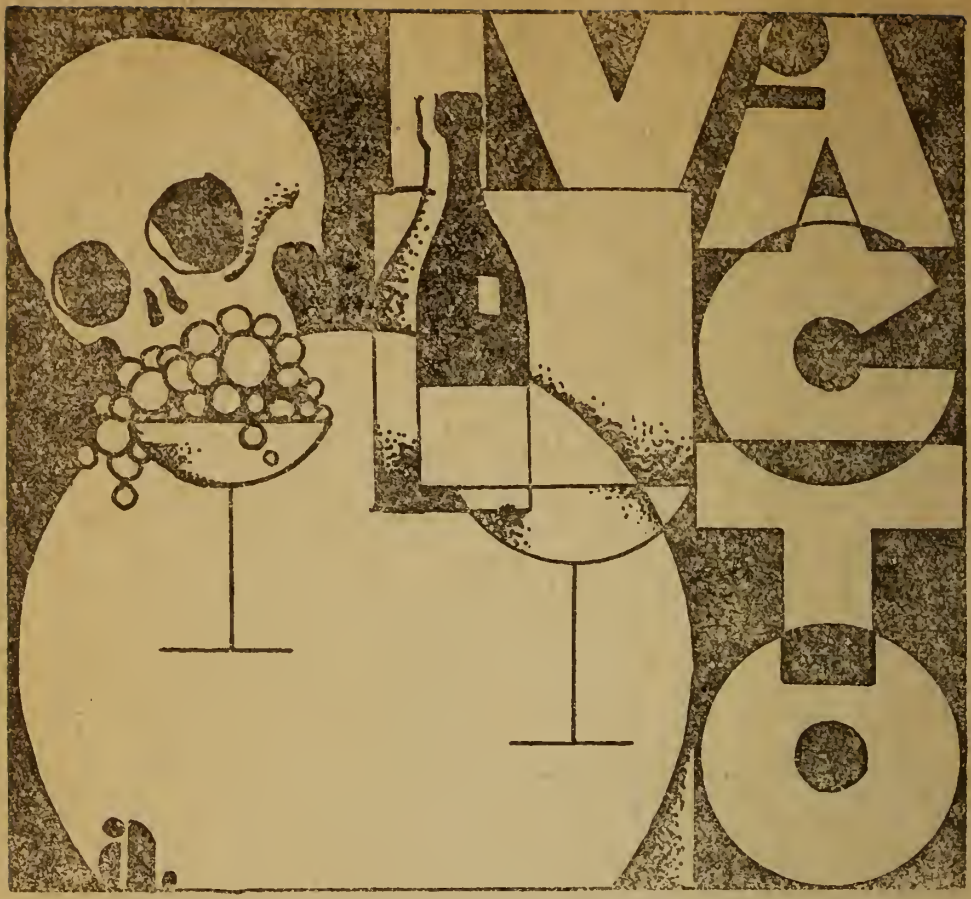
BARON.—Yo, sí.

ESE.—¿Hasta que le pongan a usted en la puerta?

BARON.—Sí; hasta que me pongan en la puerta. ¿Y tú?

ESE.—Yo también. (*Acercando al mismo tiempo la cabeza se miran los dos en silencio. De la pista llegan los acordes del tango.*)

TELON



La misma decoración. En la noche del beneficio de Consuelo.

(*Suena la orquesta en la pista. El desorden del ambiente está más acentuado. Abrigos y trajes de artistas se confunden colgados de las paredes o amontonados en los rincones. Sobre la mesa un ramo de rosas rojas caído allí al azar. En la puerta charlan y fuman tres DOMADORES de caballos, o más exacto, tres ARTISTAS de segunda fila que hacen el papel de domadores. Llevan el pelo liso, peinado con esmero irreprochable; dos gastan bigote; el tercero tiene la cara toda afeitada y se asemeja a un bulldog.*)

EL TERCERO.—Chico, diez mil francos son un buen pellizco; incluso para un barón.

EL SEGUNDO.—¿Cuánto cuestan ahora las rosas?

EL TERCERO.—No lo sé. Desde luego, las de estufa son las más caras; pero lo que dice Enrique es imposible. ¡Diez mil francos!

EL SEGUNDO.—Es que el barón tiene invernaderos propios y no le cuestan nada.

EL PRIMERO.—Eres insoportable, Graab. Permíteme que vuelva a repetírtelo. Era un carro lleno, y a una legua de distancia se olía el perfume de las rosas. Deben de haber alfombrado con ellas toda la pista...

EL TERCERO.—No, toda no. Sólo el picadero.

EL PRIMERO.—Que viene a ser igual. Para alfombrar el picadero hacen falta miles de rosas. Ya verás qué gusto te da cuando te tiren sobre una alfombra de rosas...; una alfombra de rosas verdaderas..., ¿comprendes?

EL SEGUNDO.—¡Lo que se le ocurre a un barón! ¿Pero no es ya tiempo de que salgamos a la pista...?

EL PRIMERO.—No hay prisa. Siempre nos sobrará tiempo. A mí me gustará mucho: un tango rojo como el fuego sobre una alfombra de rosas de invernadero color escarlata.

EL TERCERO.—Consuelo pisará sobre las rosas; pero, ¿y Besano?

EL SEGUNDO.—Besano sobre las espinas. (*Ríen los tres.*)

EL TERCERO.—Besano no tiene dignidad. Lo que es yo no trabajaba con ella.

EL PRIMERO.—Pero si no puede negarse; está obligado a ello. (*Ríe.*) Eso que has dicho de la dignidad debes decírselo a él la primera vez que tengas ocasión. Es soberbio como Lúcifer.

EL SEGUNDO.—La verdad es que por más que digáis es una noche de beneficio espléndida. El público presenta un golpe de vista magnífico y parece que está de buenas...

EL PRIMERO.—¡Chist! ¡Chist! (*Tiran los tres el cigarro y se apartan para dejar paso a SINIDA y a ESE.*)

SINIDA.—¿Qué hacéis aquí? Vuestro sitio está en la pista.

EL PRIMERO.—(*Con respeto.*) Señora Sinida, hemos venido aquí sólo por un momento y en seguida nos vamos. ¡Qué noche de beneficio más lucida y qué éxito para papá Briquet!

SINIDA.—Sí; pero andar a vuestro sitio. (*Se alejan los tres. Sinida, que viste traje de domadora de fieras, guarda unos papeles en una cajita. A Ese.*) ¿Qué andabas tú buscando junto a mis fieras? Me has asustado.

ESE.—Nada de particular, duquesa. Quería tan sólo escuchar lo que decían las fieras del beneficio. Van y vienen por la jaula rugiendo.

SINIDA.—Es que la música las excita. Siéntate. El beneficio está resultando espléndido; y yo estoy contentísima de que se vaya Consuelo. ¿Has oído decir algo de las rosas del barón?

ESE.—Es la comidilla de todos. ¡Las rosas del himeneo...!

SINIDA.—¿También aquí...? (*Tira el ramo de rosas.*) ¡Rosas por todas partes...! Pues sí; yo estoy contenta de que se marche Consuelo. Estaba aquí de más y les impedía trabajar a todos. Es una

desgracia para una compañía el que haya en ella una muchacha demasiado bonita y de las que se venden...

ESE.—Pero es que aquí se trata, duquesa, de un matrimonio por todo lo alto.

SINIDA.—No veo en este caso ninguna diferencia.

ESE.—Es que también las arañas quieren mejorar su casta. Figúrate, Sinida, lo lindas que serán las arañitas que eche al mundo esta pareja. Tendrán la cara de Consuelo y la mentalidad del barón. Verdaderamente no tendrán precio para la pista de un circo.

SINIDA.—¡Qué malévolo y qué triste estás hoy!

ESE.—¿Por qué? ¡Si no hago más que reírme!

SINIDA.—Sí; pero tu risa no es alegre .¿Cómo no te has caracterizado aún?

ESE.—Porque no trabajo hasta la tercera parte. Tengo tiempo de sobra. ¿Y Besano, qué dice del beneficio? ¿Está contento?

SINIDA.—Aun no hemos cruzado la palabra. Y ¿quieres que te diga una cosa? Que me parece que tú también estás aquí demás. (*Pausa.*)

ESE.—¿Qué quieres decir con eso?

SINIDA.—Pues exactamente lo que he dicho... Pensándolo bien, Consuelo se ha vendido por una miseria. Porque, después de todo, ¿qué es en el mundo un barón con unos cuantos millones? Dicen que eres muy listo. Pues dime: ¿cuánto crees tú que se necesitaría para comprarme a mí?

ESE.—(*Observándola.*) ¿A tí...? Pues una corona de rey.

SINIDA.—Ya veo que no tienes nada de tonto. ¿Has notado que Consuelo no es hija de Mancini?

ESE.—(*Con asombro.*) ¿Qué dices...? Aunque sí..., ahora recuerdo que una vez él mismo estuvo a punto de descubrirse... ¿Y ella lo sabe?

SINIDA.—No lo creo... Era una pobre golfilla del arroyo que Mancini recogió... Pero según la ley es hija suya, puesto que la ha adoptado en toda regla. Es la condesita Verónica Mancini.

ESE.—Qué gran cosa es hacerlo todo con arreglo a la ley, ¿verdad, Sinida? Aunque es muy posible que tenga ella más sangre azul en las venas que Mancini... Casi se podría creer que fué ella la que le recogió a él del arroyo y le hizo su padre y conde. ¡Conde Mancini! (*Ríe.*)

SINIDA.—Hoy estás mordaz como nunca... Oye, lo he pensado mejor..., puedes seguir aquí...

ESE.—¿Ya no estoy de más?

SINIDA.—Yéndose ella, no. ¡Tú no sabes qué a gusto se está aquí y qué libre se siente uno de cuerpo y de alma! Yo te comprendo, porque tampoco soy tonta. Yo también, como tú, estaba acostum-

brada a la cadena. Y cuando vine aquí, yo misma me puse otras..., por largo tiempo, agarrándome donde pude por afianzarme...

ESE.—¿Incluso a Besano?

SINIDA.—A Besano y a otros... Han sido muchos y lo que te rondaré. Pero mi león rubio, por el que se me ha desencadenado un amor sin esperanza, es aún más cruel que todos los Besanos de este mundo. Sólo que todo esto es pura cháchara, malas costumbres que no se pueden dejar, no criados que se despiden porque han cometido una incorrección. No pensemos en ello... Deja que Consuelo se vaya por su lado.

ESE.—Auto, brillantes...

SINIDA.—¿Has visto alguna vez una muchacha bonita con un trajecillo corcusido de lana? Si no la compra uno la compra otro; porque los hombres compran todo lo bonito. De sobra sé cómo ha de acabar la fiesta... Durante diez años será la hermosa melancólica, deseada y cortejada por todos los pobres mortales que marchan por la acera; luego empezará a teñirse las cejas y a sonreir..., luego...

ESE.—A contentarse con su chófer y con cualquier otro descamisado... Lo has adivinado, Sinida...

SINIDA.—¿Pero acaso no es así...? No quiero sonsacarte una confidencia..., pero hoy me das lástima... No lo tomes a mal, si como mujer te digo: —No me gustas, no eres guapo, ni rico, y tu misión...

ESE.—No es otra que la de esperar en la calle viendo pasar a las mujeres guapas. (*Ríe.*) Pero, ¿y si no me conformo...?

SINIDA.—¿Qué quiere decir eso de conformarse o no conformarse? ¡Me das lástima! Pero eres fuerte y hombre..., me parece que lo eres...; así que siempre te queda un recurso... ¡olvida!

ESE.—(*Ríe.*) ¿Y eso te parcee un indicio de entereza de ánimo? ¡Así habla la reina Sinida, que quiere inflamar de amor hasta el corazón de una fiera...! Estás dispuesta a pagar con tu vida un instante de triunfo ilusorio y a mí me aconsejas... ¡olvidar! Dame tu mano, hermosa Sinida; mira con qué fuerza te la aprieto..., ¡y no me compadezcas! (*Entran BRIQUET y MANCINI. Este último muy tieso y reservado. Viste un traje flamante, pero conserva el mismo bastón y la misma sonrisa de sátiro.*)

SINIDA.—(*A Ese en voz baja.*) ¿Te quedas?

ESE.—No; me voy.

MANCINI.—¿Cómo está usted, Sinida? ¡Está usted deslumbradora! Su león dará pruebas de ser un borrico si se niega a besarla la mano como hago yo ahora. (*La besa la mano.*)

SINIDA.—Recibe mi enhorabuena, conde...

MANCINI.—Gracias. (*A Ese.*) Buenas días, amigo.

ESE.—¡Mucho honor, señor conde...!

BRIQUET.—Sinida, el conde quiere pagar la indemnización por

Consuelo..., por la condesa. ¿Sabes qué cantidad se señaló en el contrato?

SINIDA.—Voy a decírtelo en seguida.

MANCINI.—Sí, haga usted el favor. Consuelo no volverá más por aquí. Nos marchamos mañana. (*Sinida y Briquet miran los papeles. Ese coge por el brazo a Mancini y se lo lleva aparte.*)

ESE.—(*En voz baja.*) ¿Y lo de aquella menor...?

MANCINI.—¿Qué menor? ¿Cómo? ¿Qué dices? Es una broma o un intento de coacción...? Pues ándate con tiento, que la Comisaría está a dos pasos...

ESE.—¡Pero, qué pánico tienes, Mancini...! Yo pensaba que a medias...

MANCINI.—Yo... a medias... con un clown... (*Ríe.*) Eres un zopenco... Hubieras debido hacerme una oferta en vez de pedir...

BRIQUET.—¡Tres mil francos, conde...!

MANCINI.—¡Tan poco por una Consuelo! Está bien, se lo diré al barón...

SINIDA.—Además, ha tenido usted...

BRIQUET.—Deja eso, Sinida...

SINIDA.—Tengo apuntado aquí todo lo que ha ido usted tomando por adelantado... ¿Quiere que le haga una cuenta sola...?

MANCINI.—¡Claro que sí! (*Ríe.*) Y ahora, amigos míos, debo manifestaros que la condesa, mi hija, y el barón desean despedirse personalmente de la compañía...

ESE.—¿También el barón?

MANCINI.—También. Y piensan aprovechar para hacerlo el próximo descanso. Así que vayan reuniendo los elementos más importantes del personal; pero sin que se produzca confusión..., se lo suplico. Ese, haz el favor de decir en la cantina que traigan una cesta de botellas de champán. ¿Has oído?

ESE.—A vuestras órdenes, señor conde.

MANCINI.—Espérate; no corras tanto. ¿Te has puesto un traje nuevo color escarlata? Pareces un demonio del infierno.

ESE.—Me hace demasiado honor, señor conde. ¡Qué diablo quiere que sea yo! Todo lo más uno de esos pobres pecadores que el demonio se entretiene en pescar. (*Sale haciendo una reverencia de bufón.*)

MANCINI.—Un chico de mucho talento; pero algo chiflado.

BRIQUET.—Ha escogido ese color escarlata en honor de su hija, conde, para alguna nueva chuscada que no ha querido decirle a nadie. ¿No quiere usted sentarse, conde?

MANCINI.—Me está esperando Augusto, el barón. Pero... (*Se sienta.*) No sabéis cuánto siento teneros que dejar, querido amigos. La vida de la alta sociedad tiene su lado bueno; se goza de ciertos privilegios, se vive en cómodo palacio; pero, ¿y la libertad, y la sencillez

que entre vosotros reina? Estos carteles chillones que nos saludan todas las mañanas tienen algo de estimulante, de excitante, que acelera la circulación de la sangre. ¡Los echaré mucho de menos y envejeceré más pronto...!

BRIQUET.—En cambio disfrutará usted de otras distracciones más elegantes. ¿Por qué estás tan callada, Sinida?

SINIDA.—Estoy oyendo. (*Entra ESE. Le siguen dos CAMAREROS trayendo un cesto de botellas de champán y copas que colocan sobre la mesa.*)

MANCINI.—¡Ah, gracias! Les ruego que no hagan ruido al descorchar las botellas; resulta ordinario. Sean discretos y no alboroten. La cuenta al barón Regnard. Bueno, Briquet, me voy, pero vuelvo en seguida.

SINIDA.—(*Mirando su reloj.*) Deben estar dando el descanso.

MANCINI.—¡Santo Dios! (*Sale de prisa.*)

BRIQUET.—¡Que el diablo te lleve y no vuelvas!

SINIDA.—(*Señalando a los Camareros.*) No hables tan alto, Luis.

BRIQUET.—Lo digo y lo repito. Que el diablo se lo lleve y no vuelva. ¿Por qué no me has ayudado, Sinida? He tenido que llevarle yo solo la conversación. ¡La vida de la alta sociedad! ¡Las distracciones elegantes...! ¡Vaya un tío fresco...! (*Ese y Sinida ríen, los Camareros sonríen. A los Camareros.*) ¡No hay motivo de risas! Largaos de aquí, que ya nos arreglaremos nosotros solos. Tráeme whisky con soda, Juan. (*Gruñendo.*) ¡Puaf! Champán... (*Entra JACKSON, vestido de clown.*)

JACKSON.—Tráeme a mí otro. Aquí al menos se oye reír, pero esos idiotas del público parece que se han olvidado de la risa. Mi sol se ha levantado y se ha puesto y ha iluminado toda la pista, sin que ni uno siquiera de esos gansos haya tenido a bien reírse. Anda con tiento hoy, Ese. ¡Cuidado con tus carrillos! ¡No estás mal, chico! Pero no puedo sufrir a este público, tan emperifollado y peripuesto.

BRIQUET.—El público de una noche de beneficio.

JACKSON.—En los palcos no hay más que barones y momias egipcias. Me ha entrado así como un cólico del susto. Yo soy un clown leal... Ese, te recomiendo que no escatimes las bofetadas...

ESE.—Estate tranquilo. Les pagaré en la misma moneda.

SINIDA.—¿Y Besano?

JACKSON.—Besano, naturalmente, ha tenido un éxito colosal; pero parece fuera de sí y mañana se nos va a romper la crisma. ¿Por qué hará esas cosas tan arriesgadas? Cualquiera creería que tiene alas como un dios. ¡Que el diablo se lo lleve! Sufría uno viéndole. Eso ya no es trabajar.

BRIQUET.—Tienes razón, Jim. ¡A tu salud, veterano!

JACKSON.—¡A la tuya, Luis!

BRIQUET.—Hormiguean aquí los barones. Ellos ríen y yo rabio. ¿Qué se les ha perdido aquí? Que se vayan a robar pollitas a otro gallinero y nos dejen en paz. Si yo fuese ministro pondría entre ellos y nosotros una cancela de hierro.

JACKSON.—La pobre Consuelito me da pena. ¡Me hace la impresión de que en vez de ser nosotros unos artistas honrados, nos hemos convertido en una partida de criminales! ¿Qué te parece a ti, Sinida?

SINIDA.—Allá Consuelo y su padre.

(*ANGELICA y el boxeador entran con sus trajes de pista.*)

ANGELICA.—¡Anda! Están descorchando champán...

BRIQUET.—¿Y qué tiene eso de extraordinario?

TOMAS.—¡Mira cuántas botellas!

ANGELICA.—Me encontré con el conde y me dijo que viniera aquí. (*Bajo a Tomás.*) ¡Qué mal humor tiene hoy papá Briquet, ¿qué le pasa?

(*Entran ESE, TILLY y POLLY, seguidos de algunos artistas, todos con sus trajes de pista.*)

TILLY.—(*A Polly.*) ¿Quieres champán?

POLLY.—Yo, no. ¿Y tú, Tilly?

TILLY.—Yo, tampoco. Ese, ¿te has fijado cómo andaba el conde? (*Imita a Mancini. Todos ríen.*)

ANGELICA.—Dentro de poco habrá concluído la función. Ahora es el número de Consuelo. Tiene un éxito enorme.

(*Todos escuchan. De pronto estalla una ovación muy ruidosa. En la escena reina gran animación. Los artistas beben champán. Otros entran charlando y riendo, pero al ver el champán y el director callan.*)

VOCES.—¡Ya vienen! ¡Estarán aquí dentro de un instante! ¡Toda la pista! ¡Qué éxito! ¿Qué va a pasar con el tango? ¡No seas envidiosa!...

BRIQUET.—Despacito, despacito, sin apreturas. Sinida, no pongas esa cara... Aquí está ya la nobleza...

(*Entra CONSUELO radiante del brazo del BARON. Sigue a ambos MANCINI, muy tieso y feliz llevando en el ojal una rosa escarlata. Tras ellos aparecen artistas de ambos sexos, domadores, acróbatas, etc., todos aplaudiendo y gritando: ¡Bravo! ¡Bravo!*)

CONSUELO.—Señores..., queridos compañeros..., amigos... Papá, no puedo. (*Corre hacia Mancini y esconde la cabeza en su hombro. Mancini mira sonriendo al barón por encima de la cabeza de la joven. El barón le sonríe también, aunque conservando siempre su aire de reserva impasible. Nuevos y ruidosos aplausos.*)

BRIQUET.—¡Basta, basta, hijos míos!...

MANCINI.—Tranquilízate, Consuelito, hija mía... Mira cuánto te quieren todos... (*Adelantándose.*) Señores, el barón Regnard me ha

hecho el honor de pedirme la mano de mi hija, la condesa Verónica, a la que todos conocéis por el nombre de Consuelo. Os ruego que alcéis las copas...

CONSUELO.—No, no. Hoy todavía soy Consuelo... Sinida, amiga mía. (*Échándola los brazos al cuello. Todos aplauden.*)

BRIQUET.—¡Calma, calma, muchachos! Silencio y levantad las copas ya que estáis aquí.

TILLY.—(*Temblando.*) Somos todos muy tímidos. Empieza tú, papá Briquet; nosotros te seguiremos. (*Cogen las copas; Consuelo está junto al barón y levanta en su mano la copa que rebosa de espumante vino.*)

BARON.—Estás derramando el vino, Consuelo.

CONSUELO.—Es que tengo miedo. ¿No tienes tú miedo, papá?

MANCINI.—¡Qué chiquilla! (*Silencio embarazoso.*)

BRIQUET.—Condesa, como director de este circo... he tenido la suerte... de complacerme más de una vez con sus éxitos...

CONSUELO.—¡No; así no, papá Briquet!... Yo soy Consuelo... ¿Por qué hace usted eso?... No quiero ser condesa aquí... Ya estoy llorando... ¡Dame un beso, papá Briquet!...

BRIQUET.—¡Los libros te han excitado la fantasía, Consuelo! (*La besa llorando.*)

(*Todos ríen y aplauden; los clowns chillan, ladran, maúllan y expresan su excitación de todos los modos posibles. Todos los artistas se animan. El barón permanece inmóvil y a su alrededor se nota un gran espacio vacío. Todos chocan su copa muy respetuosamente con él y se retiran. En cambio lo hacen con Consuelo de muy buena gana y con alegría. Las artistas la besan.*)

JACKSON.—¡Estarse callados!... Consuelo, hoy se pone para siempre mi sol y con tu partida empieza la negra noche. Has sido para nosotros una compañera deliciosa e inolvidable, además de una estupenda artista; todos te hemos querido y seguiremos queriéndote; adoraremos las huellas que han dejado tus piececitos en la arena de la pista. ¡No nos queda de ti otra cosa!

CONSUELO.—¡Qué bueno eres, Jim! No hay quien te gane a bueno. Tu sol es el más radiante de todos los soles y me ha hecho reír mucho. Alfredo, ¿por qué no te acercas? Te he estado buscando...

BESANO.—La deseo muchas felicidades, condesa.

CONSUELO.—¡Alfredo, que no soy condesa! ¡Soy Consuelo!

BESANO.—Cuando está usted a caballo, sí; aquí es usted... La deseo que se logren sus aspiraciones, condesa... (*Se aleja después de haber rozado su copa con la de Consuelo; ésta tiene aún su copa en la mano. Mancini mira sonriendo al barón, que continúa inmóvil.*)

BRIQUET.—¡No seas así, Besano! Has ofendido a Consuelo, que ha sido para ti una buena compañera.

CONSUELO.—¡Déjelo usted; no me ha ofendido!

TILLY.—¿Me permites que choque, Consuelo? Piensa que Polly murió hace un rato de dolor y que también yo moriré muy pronto. ¡Tengo un estómago tan delicado! (*Todos ríen. El barón frunce el ceño. Movimiento general.*)

MANCINI.—Basta, basta ya, que está para terminar el descanso.

CONSUELO.—¡Con lo bien que se está aquí!

BRIQUET.—Mandaré que prolonguen el descanso. Que espere el público. Anda a decirlo, Tomás. (*Sale Tomás.*)

MANCINI.—Augusto, los músicos piden permiso para presentaros sus respetos a ti y a Consuelo. ¿Das tu venia?

BARON.—Sí, sí.

(*Entran los músicos en fila. El MAESTRO, un viejo italiano, levanta con mucha solemnidad la copa sin mirar al barón.*)

MAESTRO.—Consuelo, mis violines y mis fagotes, mis trompetas y mis tímpanos beben a tu salud. Que seas siempre tan dichosa como lo fuiste aquí. Nosotros guardaremos siempre en nuestros corazones el recuerdo del hada gentil que por tanto tiempo dirigió nuestros arcos. ¡Llévale a la bella Italia mi saludo! (*Aplausos y gritos. Los músicos chocan las copas y se salen al pasillo. Consuelo casi no puede contener las lágrimas.*)

MANCINI.—No te emociones así, Consuelo; no es correcto... Si hubiera sabido que ibas a tomar tan en serio esta comedia... ¿No ves, Augusto, cómo se emociona...?

BARON.—¡Cálmese, Consuelo!

CONSUELO.—Ya estoy tranquila. ¿Oyes, papá? (*Desde el pasillo llegan los acordes del tango.*)

MANCINI.—Lo tocan en tu honor... Ya ves.

CONSUELO.—¡Qué amables! Es mi tango... ¡Quiero bailar!... ¿Quién baila conmigo? (*Busca con los ojos a Besano, que se mantiene aparte. Consuelo triste.*) ¿Quién quiere bailar conmigo?

VOCES.—¡El barón! El barón es quien debe bailar con ella.

BARON.—Está bien. (*Coge de la mano a Consuelo y se adelanta en medio del círculo que se forma de pronto a su alrededor.*) Yo no sé bailar el tango, pero la sostendré. Baile usted, Consuelo. (*Permanece de pie, inmóvil, como una estatua, y apretando con la suya la mano de Consuelo.*)

MANCINI.—(*Aplaudiendo.*) ¡Bravo, bravo!

(*Consuelo da un par de pasos y liberta su mano.*)

CONSUELO.—No; así no puedo bailar. (*Corre al lado de Sinida y se abraza a ella, como buscando su protección. Sigue tocando la música. El barón, muy tranquilo, se retira aparte. Entre los artistas se hace un penoso silencio.*)

MANCINI.—(*Solo.*) ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Magnífico!

JACKSON.—¡No del todo, señor conde!

(*Polly y Tilly bailan imitando al barón y a Consuelo, sin moverse de su sitio.*)

TILLY.—(*Ladrando.*) ¡Suéltame! ¡Suéltame!

POLLY.—¡No; no te me escapes! ¡A bailar! (*Cesa la música. Todos ríen; los clowns gritan y lloriquean. El barón conserva su imperturbable calma.*)

MANCINI.—Esta comitiva es algo grosera. Costumbres y educación de mozos de cuadra. ¿Qué le vamos a hacer, Augusto?...

(*Ese se acerca con su copa al barón.*)

ESE.—¿Me permite usted que pronuncie un brindis, barón?

BARON.—Sí.

ESE.—Pues vaya por su baile. (*Los artistas ríen bajo.*)

BARON.—Yo no he bailado.

ESE.—Pues entonces, vaya por cualquier otra cosa. Bebamos, barón, a la salud de aquellos que saben esperar, incluso cuando parecen que ya no pueden esperar nada.

BARON.—No puedo aceptar un brindis cuyo sentido no comprendo. Exprésese usted más claramente.

(*Una voz femenina dice: ¡Bravo, Ese! Risas contenidas.*)

JACKSON.—Acaba de una vez, Ese. Al barón no le gustan las bromas.

ESE.—Pero si es que yo quiero beber con el barón. ¿De modo que desea usted un brindis más claro? Pues bebamos por el brevísimo espacio que hay entre los labios y el borde de la copa. (*Derrama el vino en el suelo y ríe. El barón le vuelve la espalda con indiferencia. De la pista llega el eco de la música y se oye el timbre que da la señal de reanudarse la función.*)

BRIQUET.—(*Impaciente.*) ¡Vamos a la pista! ¡A la pista...! (*Los artistas salen corriendo, con gran escándalo de voces y risas. Sólo quedan en escena, Consuelo, Sinida, Ese, papá Briquet, Mancini y el barón.*)

MANCINI.—(*Al barón.*) No se puede negar que es una sociedad algo grosera, costumbres y educación de mozos de cuadra. ¿Qué le vamos a hacer?

BRIQUET.—(*A Sinida.*) ¡Gracias a Dios que ya terminó el descanso! ¿Qué te pasa, Sinida? No dices una palabra.

SINIDA.—¡Déjame en paz, Luis!

(*Ese se acerca a Consuelo que está sola.*)

CONSUELO.—¿Qué tienes, Ese? Pensé que no querías ya nada conmigo. ¿Has visto el comportamiento de Besano?

ESE.—Estuve esperando a que me llegase mi turno. Era imposible acercarse a ti.

MANCINI.—Consuelo.

CONSUELO.—Pero si estoy aquí solita. ¿Qué quieres, papá?

MANCINI.—Augusto desea...

CONSUELO.—Déjame un momento; en seguida voy. (*A Ese.*) Ven aquí, hombre. ¿Qué le has dicho al barón? Todos lo entendieron menos yo. ¿Qué le has dicho?

ESE.—Era una broma.

CONSUELO.—Pues no le gastes bromas. Haz el favor de no volver a hacerlo. No le molestes, que es terrible. ¿No viste cómo me apretaba la mano? Estuve a punto de gritar. (*Con los ojos llenos de lágrimas.*) Me ha hecho daño.

ESE.—Deja al barón, Consuelo. Aun estás a tiempo.

CONSUELO.—No; cállate. Ya es tarde.

ESE.—¿Quieres que yo te rapte?

CONSUELO.—(*Ríe.*) ¡Qué salidas tienes! Pero, ¡qué pálido estás!... ¿Tú también me amas? No, no puede ser, no debe ser. ¿Por qué me amarán todos?...

ESE.—¡Eres tan bella!...

CONSUELO.—No; no es verdad. No me deben amar. Al principio aun estaba yo un poquito animada; pero cuando vinieron los músicos y me empezaron a hablar con tanto cariño..., y mentaron a Italia..., y luego me dijeron adiós como si me fuera a morir..., me faltó poco para no ponerme a dar gritos... Cállate; calla y bebe..., bebe por mi felicidad... ¡Por mi felicidad, Ese!... Pero, ¿qué haces?...

ESE.—Rompo la copa en que bebiste con los demás y te lleno otra. Espera un momento. (*Se retira aparte para llenar la copa. Consuelo, pensativa, da algunos pasos por la escena. Casi todos se han ido. Mancini se acerca a Consuelo.*)

MANCINI.—Lo que estás haciendo no es correcto, Verónica. Augusto tiene la atención de esperarte y tú... te entiendes con ese clown, y andas con él de no sé qué secretillos... Todos se fijan en ti y debes hacer por no parecer ridícula... Olvida tus antiguas costumbres, Verónica.

CONSUELO.—(*Riendo.*) ¡Déjame, papá! Todos estos son amigos míos, ¿comprendes? ¡Déjame en paz!...

BARON.—¡Déjela, conde! Consuelo, hable usted con quien quiera y cuanto quiera. ¿Un cigarro, conde? Señor Briquet, le agradecería que prolongase usted un poquito el descanso.

BRIQUET.—Como usted quiera. Pero el público puede impacientarse. (*Sale, de pronto vuelve.*)

(*Ese ofrece a Consuelo la copa llena de champán.*)

ESE.—Aquí tienes. ¡Por tu felicidad y tu libertad, Consuelo!

CONSUELO.—(*Tomando la copa.*) ¿Y tu copa? Tú también debes beber.

ESE.—Déjame tú la mitad.

CONSUELO.—No debía beber más. Aun tengo que bailar sobre el caballo...

ESE.—¿Te olvidas que soy el mago de tus fábulas? Puedes estar tranquila; he hecho mis conjuros en el vino y está encantado. Por mucho que bebas no se te subirá a la cabeza. Bebe, mi reina.

CONSUELO.—¡Con qué dulzura me miras! Pero, ¿por qué estás tan pálido?...

ESE.—Porque te amo. Mírate en mis ojos, bebe y deja obrar en ti el hechizo, diosa. Te dormirás y volverás a despertarte donde la otra vez. ¿No te acuerdas? Y volverás a ver tu patria y el cielo.

CONSUELO.—(*Llevándose la copa a los labios.*) ¿De veras volveré a verlo?

ESE.—(*Poniéndose aún más pálido.*) Sí. Despiértate, ¡oh, diosa!, y piensa cuando surgiste de la espuma del mar, entre las mil ondas azules. Piensa en el cielo y en el tenue céfiro que sopla del oriente; en las olas fragorosas que vienen a lamer tus pies de mármol...

CONSUELO.—(*Bebiendo.*) Mira, me he bebido justo la mitad. Toma. Pero, ¿qué tienes? ¿Lloras o ríes?

ESE.—Lloro y río, todo a un tiempo.

MANCINI.—(*Apartando ligeramente a Ese.*) ¡Basta, condesa! Aunque Augusto en su extremada bondad lo tolere, yo, que soy tu padre...

CONSUELO.—¡Qué cansada estoy!

MANCINI.—Para coquetear y beber con un bufón no estás cansada..., y en cambio, cuando el deber te llama... Briquet, di que den la señal... ¡Qué frío hace aquí!

CONSUELO.—Papá, ¡qué cansada estoy!

BARON.—¿Qué tiene usted, Consuelo?...

CONSUELO.—Nada..., no es nada...

SINIDA.—Es sencillamente que necesita reposo, barón. No ha podido ni sentarse todavía..., y con tantas emociones... Siéntate aquí, hija mía..., descansa un poco. ¡Qué crueles son todos los hombres!...

CONSUELO.—¡Pero si tengo que trabajar todavía! ¡No puedo descansar! (*Cerrando los ojos.*) ¿Han esparcido ya las rosas en la pista?...

SINIDA.—Todo está listo. Volarás sobre una alfombra sin precedente. Volarás como a través del espacio. Descansa.

POLLY.—¿Quieres oír música? ¿Te tocamos una sonata?

CONSUELO.—(*Sonriendo con los ojos cerrados.*) Sí. (*Tocan los clowns su tocata ingenua y primitiva: Tilly—tilly—polly—polly. Todos callan. Ese está sentado en un rincón. Jackson le mira de reojo mientras bebe a sorbos su vino. El barón está de pie ante Consuelo, en su actitud habitual, con las piernas abiertas, y la contempla con sus ojos inmóviles y abultados. Gritando de pronto.*) ¡Cómo me duele!

SINIDA.—¿Qué te pasa, Consuelo?

MANCINI.—¿Qué tienes, hija mía? ¿Te sientes mal? ¡Cálmate!

BARON.—(*Palideciendo.*) Esperen..., se ha fatigado demasiado... ¡Consuelo! (*Consuelo se levanta y fija en el vacío sus ojos desencajados, como si oyese una voz interior.*)

CONSUELO.—¡Cómo me duele! Aquí debe estar el corazón. ¿Qué es esto? ¿También las piernas? No puedo tenerme en pie. (*Cae en el diván con los ojos desencajados.*)

MANCINI.—(*Fuera de sí.*) Que llamen a un médico... ¡Esto es horrible!... Augusto, barón..., nunca le ha pasado nada semejante..., deben ser los nervios..., cálmate, hija mía...

BRIQUET.—Sí, sí. Que vayan por un médico...

JACKSON.—¿Qué es lo que has hecho, Ese?...

ESE.—Es la muerte, Consuelo. Te he matado, mi reina. (*Rompe en sollozos. Consuelo lanza un grito y vuelve a enmudecer. Todos dan muestras de asombro y emoción. El barón permanece inmóvil y sólo ve a Consuelo.*)

MANCINI.—(*Dando un salto.*) Mientes..., canalla, condenado. ¿Qué la has dado a beber?... ¿La has envenenado?... ¡Criminal!... ¡Que vayan por un médico!...

ESE.—De nada la serviría un médico. Debes morir, reina mía... ¡Consuelo! ¡Consuelo!...

BESANO.—(*Entra de prisa y dice:*) Señor director... (*Calla en seguida y mira asustado la escena que se ofrece a sus ojos. Alguien más ha entrado. Briquet señala con la mano a la puerta.*)

CONSUELO.—(*Con una voz tan débil, que parece que viene de lejos.*) Esto es una broma, ¿verdad, Ese? No me asustes, que tengo mucho miedo. ¿Esto es la muerte? Pero yo no quiero morir. Ese, mi querido Ese, di que todo es broma. ¡Si vieras qué miedo tengo!...

(*Ese aparta al barón y ocupa su sitio junto a la cabacera de Consuelo. El barón continúa inmóvil, sin ver otra cosa que Consuelo.*)

ESE.—Sí; era una broma. ¿No me oyes reír, Consuelo? Todos se ríen de ti..., de lo miedosilla que eres... No te rías, Jim, que está cansadita y quiere descansar... Jim, ¿cómo tienes valor para reírte? Duérmete, nena mía, duérmete, corazón mío. ¡Amor mío, haz por dormirte!...

CONSUELO.—Ahora ya no me duele. ¿Por qué me gastaste esa broma tan fea y me hiciste pasar tanto miedo?... Ahora yo también me río. Tú mismo me has dicho que viviría eternamente...

ESE.—Sí, Consuelo, vivirás eternamente. Duérmete, tranquilízate... (*Con los brazos extendidos, redobla sus esfuerzos por levantar cada vez más alto, su alma.*) ¿Te encuentras mejor? ¿Te sientes ligera, verdad? ¡Cuántas luces brillan a tu alrededor!... ¡Deslumbran la vista!...

CONSUELO.—Sí; veo mucha claridad. ¡Esta es la pista!

ESE.—No; son el mar y el sol... ¡Qué solazo!... ¿No sientes la espuma del mar y no te sientes cada vez más cerca del sol? ¡Eres ingrávida..., has dejado de ser materia..., vuelas alto, muy alto, cada vez más alto, amor mío!...

CONSUELO.—Sí; soy la espuma del mar y esto es el sol. ¡Cómo brilla! ¡Qué bien me encuentro!... (*Muere. Una gran pausa. Ese continúa con los brazos levantados, contemplándola. Después, deja caer los brazos y tambaleándose se retira a un lado. Permanece en pie todavía un momento, después se sienta, deja caer la cabeza entre los brazos y lucha él solo con la muerte que se le avecina.*)

BRIQUET.—(*Bajo a Sinida.*) ¿Ha muerto?

SINIDA.—(*Dejando caer la mano fría de Consuelo.*) Creo que... no..., vete de aquí, Luis... Y usted también debe retirarse, barón... ¿No me oye usted? (*Llorando.*) Luis, está muerta.

(*Los clowns y Briquet, lloran. Mancini está trastornado. El barón y Ese continúan inmóviles, cada uno en su sitio.*)

JACKSON.—(*Sacando del bolsillo un pañolón encarnado y enjugándose las lágrimas con él.*) Se amustió como una flor... Duerme, Consuelito... Ahora sólo queda de ti la huella de tus piececitos en la arena de la pista. (*Llorando.*) ¿Qué hiciste, Ese, qué hiciste, maldito? ¿Por qué viniste nunca aquí?... (*Vuelve a oírse la música que suena en la pista.*)

BRIQUET.—¡Esa música! ¡Que calle esa música!... Pero, ¿están locos?

(*Alguien sale. Sinida se acerca a Besano que llora y le alisa los cabellos lacios y dados de pomada. Besano levanta la cabeza, la coge la mano y se la pone sobre los ojos. El barón se quita la rosa del ojal de la solapa, la deshoja, la tira al suelo y la pisa. Por la puerta atisban algunos rostros pálidos y condolidos; son artistas de la compañía.*)

SINIDA.—(*Por sobre la cabeza de Besano.*) Luis, manda llamar al comisario.

MANCINI.—(*Saliendo de su estupor grita:*) ¡La policía! ¡Que vayan por la policía! ¡Se ha cometido aquí un asesinato! ¡Yo soy el conde Mancini y haré que te corten el cuello, criminal, histrión maldito!... ¡Yo mismo he de matarte por mi mano, asesino!...

ESE.—(*Levantando a duras penas la cabeza.*) Me cortarán la cabeza, ¿y qué más?

BRIQUET.—¡No griten! ¡Tranquilícense! Voy a mandar por el comisario.

(*El barón da de pronto un paso adelante y mira a Ese a los ojos. Luego le dice con voz sorda y ronca, llevándose las manos al cuello, para hacer salir la palabra:*)

BARON.—Juro que le vi..., vi... que le... habías echado... veneno... ¡Yo!... (*Inopinadamente, con andar automático y pesado, sale.*

Todos le abren paso asustados. Ese deja caer de nuevo la cabeza; todo su cuerpo tiembla.)

JACKSON.—(*Chascando las manos.*) Pero, ¿es verdad? ¿La ha envenenado? ¡Qué criminal eres, Ese! Ya puedes prepararte a recibir la última bofetada: la del verdugo. (*Hace ademán de cercenarse el cuello, aludiendo a la guillotina. Polly y Tilly imitan, sin quererlo, su gesto.*)

SINIDA.—¡Deja en paz su alma, Jim! ¡Ha sido un hombre y ha amado! ¡Dichosa Consuelo!

(*En el pasillo suena una detonación. TOMAS entra asustado, señalando con un dedo la cabeza.*)

TOMAS.—El barón..., el barón..., en la cabeza..., se ha matado...

BRIQUET.—(*Alzando los brazos.*) ¡Dios santo! ¿Pero cómo?... ¡El barón!... ¡Qué maldición ha caído sobre nuestro circo!...

MANCINI.—¡El barón, el barón! ¿Qué dicen?...

BRIQUET.—¡Cálmese, cálmese, conde!... ¿Quién lo hubiera pensado?... ¡Un hombre tan pacífico, tan tranquilo!...

ESE.—(*Levantando con un gran esfuerzo la cabeza y abriendo penosamente los ojos, que nublados ya por las sombras de la muerte apenas pueden distinguir los objetos.*) ¿Qué más... ha sucedido?...

TOMAS.—El barón se ha suicidado... Un tiro en medio de la frente... En el pasillo está tendido.

ESE.—(*Empezando a comprender.*) ¿El barón?... (*Ríe.*) ¿Ha reventado?...

JACKSON.—Acaba. ¿No te da vergüenza? El barón ha muerto y tú... Pero, ¿qué te pasa? ¡Por Dios santo!...

(*Ese se levanta movido por un último vislumbre de consciencia y un último resto de vitalidad. Habla recio y con cólera.*)

ESE.—¿Tan locamente la amabas, barón? ¿Tan locamente amabas a mi Consuelo? ¿Y allí también has querido adelantarme? ¡No, no! Allá voy, no lo dudes. ¡Allí lucharemos por última vez, para decidir a cuál de los dos debe pertenecer! (*Se lleva las manos a la garganta y cae de espaldas. Todos corren hacia él en medio de una gran confusión.*)

FIN

el que recibe bofetadas

QUIEN BEBE COCK-TAIL BE BI

Cuatro etiquetas

Cuatro sabores

KEMTTON

Ped en t los bu bar y ca

RIVADENEYRA, S. A.—ARTES GRAFICAS.—MADRID